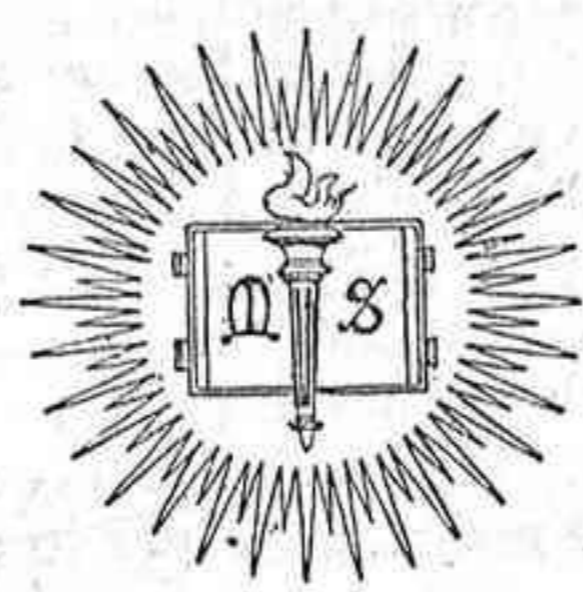


La Ilustración Artística



Artística

Año XXII

BARCELONA 28 DE SEPTIEMBRE DE 1903

Núm. 1.135



CAMPRODÓN, cuadro de Eliseo Meifrén

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimoprimer de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *José Sattler*, por D. Greiner. — *El abuelo*, por Delfín Fernández y González. — *La djinn y el talib*, por Juan B. Enseñat. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Por el amor*, novela (continuación). — *La insurrección macedónica.*
Grabados. — *Camprodón*, cuadro de Eliseo Meifrén. — Dibujos de José Sattler y su autorretrato. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *El abuelo.* — *Una calle de Venecia.* — *Plaza de San Juan en Venecia*, cuadros de Rafael Sennet. — *La echadora de cartas*, escultura de R. Nobas. — *Costureras*, cuadro de Héctor Tito. — *Amores campestres*, cuadro de G. Toudouze. — *Buena pescal*, cuadro de Beppe Ciardi. — *Lady Constanza*, estatua de R. Garbe. — *Retrato*, obra de E. Further. — Fotografías de la insurrección macedónica.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es posible, y hasta diría que es seguro, porque tengo de ello pruebas, que los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en la América española, cuando fijan la vista en mis crónicas, las tachan de pesimistas y de sobrado obscuro y recargado de tintas el cuadro de la sociedad española que forma su conjunto. Yo, sin embargo, les rogaría que recorriesen por costumbre los periódicos diarios, y entonces sé que acabarían confesando que no prodigo las sombras. Raro es el día en que la prensa de información no nos sobrecoge — y *sobrecoger* es palabra inexacta, pues ya estamos habituados — con noticias escandalosas, con una cosecha tal de enormidades, que no puede menos de reconocerse un estado general de corrupción, del cual, ¡ay!, ni aun nos queda el consuelo de culpar á la civilización refinada, á los adelantos del siglo y á la complicación de la vida.

Recuerdo (no extrañaría que los lectores lo hubiesen olvidado) haber dicho aquí mismo que la diferencia entre la criminalidad española y la extranjera, es que allí los crímenes los cometen los criminales, y aquí los comete también la gente honrada. Me refería, al expresarme así, á los infinitos casos de asesinatos *pasionales* ó causados por mera brutalidad, como aquel de los dos mozos que se acuchillaron sobre quien cortaba más diestramente las rajadas de un melón. No es aquí raro, sino frecuente, que los asesinos tengan los antecedentes más simpáticos y gocen en su barrio de muy buen predicamento. Extendiendo el concepto anterior, diré que aquí los delitos, según va demostrándose palmariamente, no los cometen sólo los delincuentes de profesión (que existen en todas partes), sino las personas venidas á menos y las encargadas de descubrir y reprimir el delito. Sin gran sorpresa — ¡qué sorpresa, ni qué millón muerto! — nos enteramos de las diabluras en que anda mezclada la policía, y de qué negocios cultivan las señoras reducidas á vivir de tretas y amaños, que, por no dejar de ser señoras, prefieren establecer garitos á montar un taller de sombreros ó modistería.

El Imparcial — último que, según confesión propia, se determina á entrar en el terreno de la actualidad nauseabunda — reconoce abiertamente el aspecto social y político del asunto de la célebre *estafa*, no muy importante por la cuantía — un millón de reales, para el Banco *peccata minuta*, — pero gravísima por el tirón de manta que representa. ¿Hay en efecto tal tirón brusco, con caracteres de desengaño? ¡Pchl.. Todo ello ya estaba acá. Esa comidilla, hoy trocada en veneno, era el secreto á voces.

¿No hemos oído, cuantos respiramos el ambiente de Madrid, que cuando es robado el reloj ó la cartera de una persona de alta importancia, de un primate político, á las dos horas aparece, porque así lo dispone la policía? ¿Qué significa esta creencia arraigada (no aseguro que sea fundada, porque no tengo ganas de que empiece en mí, pobre inocente, á aplicarse la justicia seca), sino que existe el convencimiento de que el hampa y la policía están amigadas y combalachadas? ¿Y qué mucho, si en el mundo del hampa se reclutase la policía, y este método fuese fruto de la idea más inmoral de todas, que es conservar al hampa en la mano para las ocasiones en que conviene que las calles y las plazas, las tabernas y los cafés, hagan el juego de una bandería ó de los intereses de un partido representados por un hombre ó un grupo?

En España, al presente, puede afirmarse que no

existe la opinión pública; esa gran fuerza de los pueblos nos falta: era más vigorosa en el siglo XVII: de ello sería fácil citar ejemplos reiterados. Se murmuraba siempre; no se protesta nunca, en ninguna forma. La persuasión de que será inútil hiela desde el impulso inicial la voluntad. ¿Por qué? Por la hipótesis general de que las cosas están arregladas desde arriba de cierto modo, y todos los amenes del mundo no llegan á ese cielo de bronce. Quien ve día tras día pasearse sueltos y libres á los más afamados rancias, espadistas y carteristas; quien cree saber que esa franquicia de los hampones, tan seguros hoy y en el siglo XVII tan temerosos, y con motivo, de los corchetes y de la horca, obedece á planes y conciertos que no se modificarán por lo que grite el pacífico y robado ciudadano, ¿que va á esperar, qué va á emprender? Yo repito que no doy las hipótesis por ciertas: no quiero chanzas con la Inquisición: aun ahí sería el diablo, si todavía corriésemos el peligro que corrió Quevedo por haber atacado vicios y corruptelas de su época. No es nada seguro el oficio de redentor; ojo á la cruz y al Calvario. Lo que voy diciendo se funda é inspira en artículos del *Imparcial*, del *Liberal*, de *La Epoca*, de toda la prensa: que lo que es por cuenta propia, mal año para quien señale con el dedo, y en boca cerrada no entran mosquitos.

La estafita es de oro, aunque poco oro valiese repartido entre tanta patulea. — El arte con que se realizó demuestra una vez más que si aquí no se rinde culto al trabajo es por pura pereza, no porque no le sobren á la raza aptitudes. — ¡Cuanto se trabaja por no trabajar! — decíame una noche, en el Circo de caballos, ante un acróbata colgado del trapecio á vertiginosa altura, un ilustre médico que no conocía la holganza. — Siempre que sale á luz una maraña como esta del *Cantinerero*, me acuerdo del dicho del Doctor. Es increíble lo que se despliega de habilidad, maña y destreza, para agenciarse sumas que una labor sencilla y honrada produciría también deducidos riesgos, que siempre se corren en estos tratos de Argel, y diezmos y primicias, que según el ex inspector Luna, no falta quien cobre, sin pertenecer á la iglesia de Dios.

¡Qué océano, ola no, de cieno las declaraciones de ese ex inspector, ya se confirmen, ya se desmientan, que aun cuando parezca extraño, para mí es lo mismo! Pues lo grave consiste en que suenen á algo mil veces oído, y lo gravísimo en que corra así la especie sin que se depure con el mayor rigor y se castigue, al comprobarse, de un modo ejemplar y que deje memoria. El castigo..., otra cosa en que no fiamos. Dice el periódico que en vista de las declaraciones de esa Luna que alumbró un instante tantos horrores y luego se eclipsó, se han reunido los delegados de vigilancia y acordado proceder á la captura de cuantos criminales andan sueltos por Madrid. Oportunísima providencia.

Hace cuatro ó seis días asistí á la fiesta de un pueblecillo. Al cruzar la plaza, voces tristes me pidieron limosna desde una reja. El cuadro era completamente medioeval. He dicho una reja y debí decir dos: á derecha é izquierda de una puerta, resaltaban sus negros hierros, y al través de ellos penetraban difícilmente el aire y la luz en dos reducidas cárceles, la de mujeres y la de hombres. Pregunté cuánto tiempo llevaban allí los detenidos. Respondieron que siete meses. Pregunté el delito. Merodeo, robo de gallinas. Pregunté qué esperaban, qué desenlace tendría su suerte. Faltaba, según probabilidades, como mes y medio para que se viese la causa en el Juzgado. Entre los detenidos había una mujer joven y hermosa, anémica ya á causa del encierro prolongado, sin respiración suficiente, en el hacinamiento de la vida común con otras dos ó tres presas. Anémicos parecían igualmente los presos varones. «Gente mala,» me decían algunos señores, extrañados de mi interés. Sea cual sea la gente, hay cosas que hacen reflexionar. Dedicáranse estos pobres diablos al robo de carteras repletas de billetes, en vez de raposear gallineros, y otro gallo les cantara. Y aparte de todo, si es justo detener al delincuente, ¿por qué siete ó ocho meses de prisión preventiva, á causa de una gallina ó un saco de maíz? ¿Por qué la anemia, aposentadora de la tuberculosis? ¿No es triste que revista estas formas la idea de justicia, que debiera imprimirse en el cerebro de los miserables y de los desheredados con caracteres de luz y de fuego, educando su espíritu? Porque estos delincuentes que vi tras la reja de la cárcel de Puenteareas no podrán menos de comparar su delito con su destino, y otros delitos y destinos también, y la consecuencia... dedúzcala un chiquillo de la doctrina.

Y á la hora en que cierro la crónica, entre uno y otro vaso de agua de Mondariz, el alboroto continúa, el escándalo parece ascender á las nubes, en la prensa no se lee otra cosa sino *Cantinerero* — millón — estafa — María Reina — delegados — policía... Las autoridades y el gobierno, previo uno de esos movimientos de estiro y desperece que no se pueden hacer delante de la gente porque no son finos, se arrancan con disposiciones y medidas y suspensiones y anuncios de reorganización, que no parece sino que van á volver el mundo patas arriba y tragárselo. Ojalá por esta vez me engañe la desconfianza, como ha solido engañarme la confianza propia de un alma, por mi mal, bastante generosa; pero no lo puedo remediar: esas providencias rigurosas que se anuncian ante el fervor del escándalo, me parecen tan efímeras como el escándalo mismo: merengadas que se tienen mientras están recién batidas, y á las dos horas bajan la cresta y se desmayan sobre el plato.

Nacen mis dudas de que si, en efecto, algo hay de verdad en las tremendas acusaciones de prevaricación y complicidad que ruedan por el aire, se concibe que puedan sorprender al público en general, pero no así á las autoridades y al gobierno, á ningún hombre versado y ducho en ciertas maleantes interioridades, conocedor del personal. Ninguna clase de ceguera explicable puede alegar el que ve de cerca cosas de esta índole peculiarísima. Servirse de los pícaros es ardid de los que mandan y disponen; desconocer la picardía sería otra cosa, y yo no llego al extremo de negar inteligencia á los que la han demostrado en cualquier grado y orden.

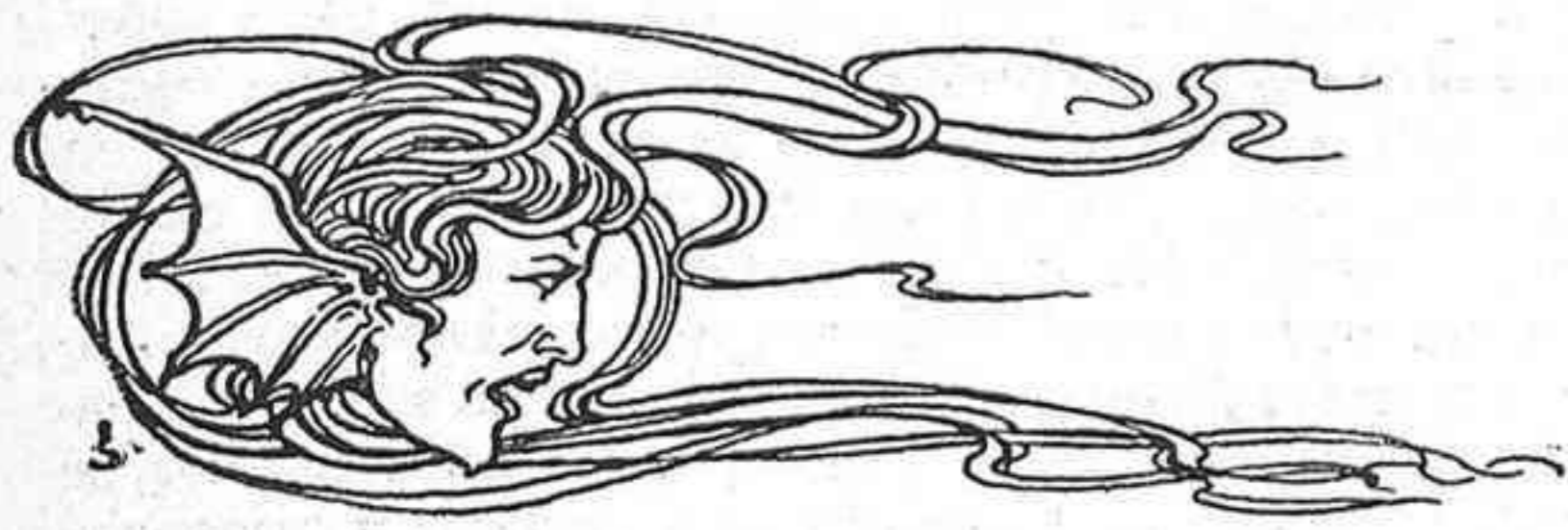
He ahí por qué no fío de los grandes propósitos de reorganización. No hay titirimundi cuya reorganización no se anuncie diez ó doce veces al año, y todo sigue desorganizado el 1.º de enero del siguiente. ¿Hemos de otorgar crédito á los eternos quebrados, como si pagasen puntualmente sus letras, á la vista? Ya verán ustedes si esto se queda, igual que lo de más allá y lo otro, en agua de cerrajas y contranzas para ferias.

Palpita entre el torbellino una cuestión electoral. Estas lo priman todo. He ahí el motivo de que los pocos patriotas á secas que aún quedamos para guardar en vitrina, no profesemos ardiente amor á las instituciones parlamentarias. Donde fermenta ese germen de podredumbre...

La curiosidad que este género de sucesos despierta se fatiga pronto; un escándalo borra la huella del anterior; hay interregnos; la superficie social se aplana y desaparecen los remolinos formados por la caída de la piedra. Pero bajo el agua serena al parecer, hierven y se cruzan y luchan y se devoran los mismos monstruosos organismos, criados en el limo fétido. El estado de la nación no varía ni mejora; no hay depuración, no hay desinfección, no entran luz y aire; la conciencia no se sana y robustece: quedamos igual; y si se leen y comentan un instante tan extrañas tragicomedias, no incita la ansiedad del eficaz remedio, sino el interés bastardo, folletinesco, humano en medio de todo, del suceso pregonado.

¿A qué simular esperanzas que no sentimos? Hemos visto suceder de 1898 acá, los españoles, tan terribles cosas, hemos sufrido desengaños y humillaciones de tal naturaleza, nos han hervido dentro tales escepticismos y tales resquemores, hemos escuchado y escuchamos tales acusaciones susurradas en voz baja y al oído, sin que nadie las repita y sostenga en alto; nos ha sumido en tales confusiones el contraste entre lo que se oía y lo que se efectuaba, entre el memorial de agravios y el chaparrón de recompensas, entre las supuestas responsabilidades y las auténticas irresponsabilidades, con premios y honores; hemos tenido que tragar tanta saliva, que devorar tanta vergüenza, que reconcentrar tanta aspiración, que sorbernos tantas gotas de agua de esas que el corazón envía á los ojos cuando el sentimiento rebosa; hemos gastado tanta energía en balde, que ya ahora lo difícil sería conservar un átomo de optimismo. ¿La policía? Perfectamente adaptada al medio, si es cierto lo que aseguran. ¿Es que alguien, obligado á deshojar la margarita de las ilusiones, había respetado el pétalo que corresponde á las delegaciones de vigilancia?

Y hasta la próxima, que no sabemos por cuál lado vendrá. Preparémonos; preparemos, sobre todo, la indiferencia, la calma chicha, el narcótico del pensamiento, la triaca de la indignación. Procuremos no sentir el dolor de «esta España moral que se derrumba,» según la frase de Núñez de Arce, que se equivocaba, porque ya se había derrumbado.



JOSÉ SATTLER



Inicial de la obra «Los Nibelungos» (1)

NA de las clasificaciones más justificadas en materia de bellas artes es la que divide las obras artísticas en los dos siguientes grupos: el de aquellas que, aunque de pronto nos cautivan, fácilmente son olvidadas, y el de las que tarde ó nunca se olvidan. Estas últimas se graban en nuestra alma, quizás no sin alguna resistencia por parte de ésta al principio, y forman en ella como un tesoro; en las exposiciones artísticas constituyen como oasis en medio de un desierto

idad es el dibujo en todas sus formas: Sattler rara vez pinta; pero cuando quiere realzar el efecto de una de sus obras por el color, muéstrase delicado y original colorista. Domina en absoluto la técnica, y sus dibujos son todos claros, á menudo extraordinariamente finos, mas nunca triviales; el trazo es en ellos sobrio, ora suave, ora enérgico, según el asunto, y siempre expresa lo que debe decir.

En sus obras se advierte desde luego la influencia de los maestros del Renacimiento: «Sentíme atraído, dice el mismo artista, por el antiguo grabado en madera, y me consagré á estudiarlo con verdadero amor en las viejas estampas.» Este estudio, sin embargo, no le ha hecho incurrir en la imitación ni en el arcaísmo; pues si bien cada época del arte alemán ha sido su maestra, ha sabido traspasar los límites en que cada una se encierra y desenvolver el estilo de los antiguos convirtiéndolo en un estilo propio suyo. Así, á pesar de todos los puntos de semejanza, cuando contemplamos un dibujo de Sattler vemos claramente que es obra de un artista moderno.

Otra de las cosas que más le cautivaron en los célebres dibujantes de otros tiempos fué la afinidad entre sus gustos y los de éstos, pues vió que en ellos estaba vigorosamente desarrollado lo que en germen llevaba dentro de sí mismo. Mucho contribuyó á esa predilección por los viejos maestros la afición de Sattler á los estudios históricos, pudiendo afirmarse

y se apoderan de nuestro corazón porque en ellas nos habla la naturaleza en lenguaje sencillo, pero imponente, por medio de uno de sus hijos predilectos que supo sentirla y hacerla sentir á los demás, no sólo de una manera original y propia, sino revelando una personalidad con ideas y sensaciones hondamente arraigadas. El que posee este arte, verdadero don de la naturaleza, ha de conducirse como un pedagogo; ha de dejar crecer y madurar lo que necesita elevarse á grandes alturas y ha de evitar el desarrollo de todo lo que pudiera robar aire y luz á su inspiración.

El arte de José Sattler, notable dibujante alemán, ostenta el carácter de eminentemente personal, y ya sus primeras manifestaciones permiten adivinar lo que con el tiempo había de ser, puesto que ofrecen todas las condiciones que hemos visto llegar á su



Ex-libris



Cabecera del libro «Mi armonía»

que nadie como él ha estudiado las crónicas de pasadas épocas y los antiguos infolios, ni sabido desentrañar el espíritu de los mismos, ni comprender tan profundamente al hombre de aquellos días, su modo de pensar y de sentir, sus usos y sus costumbres.

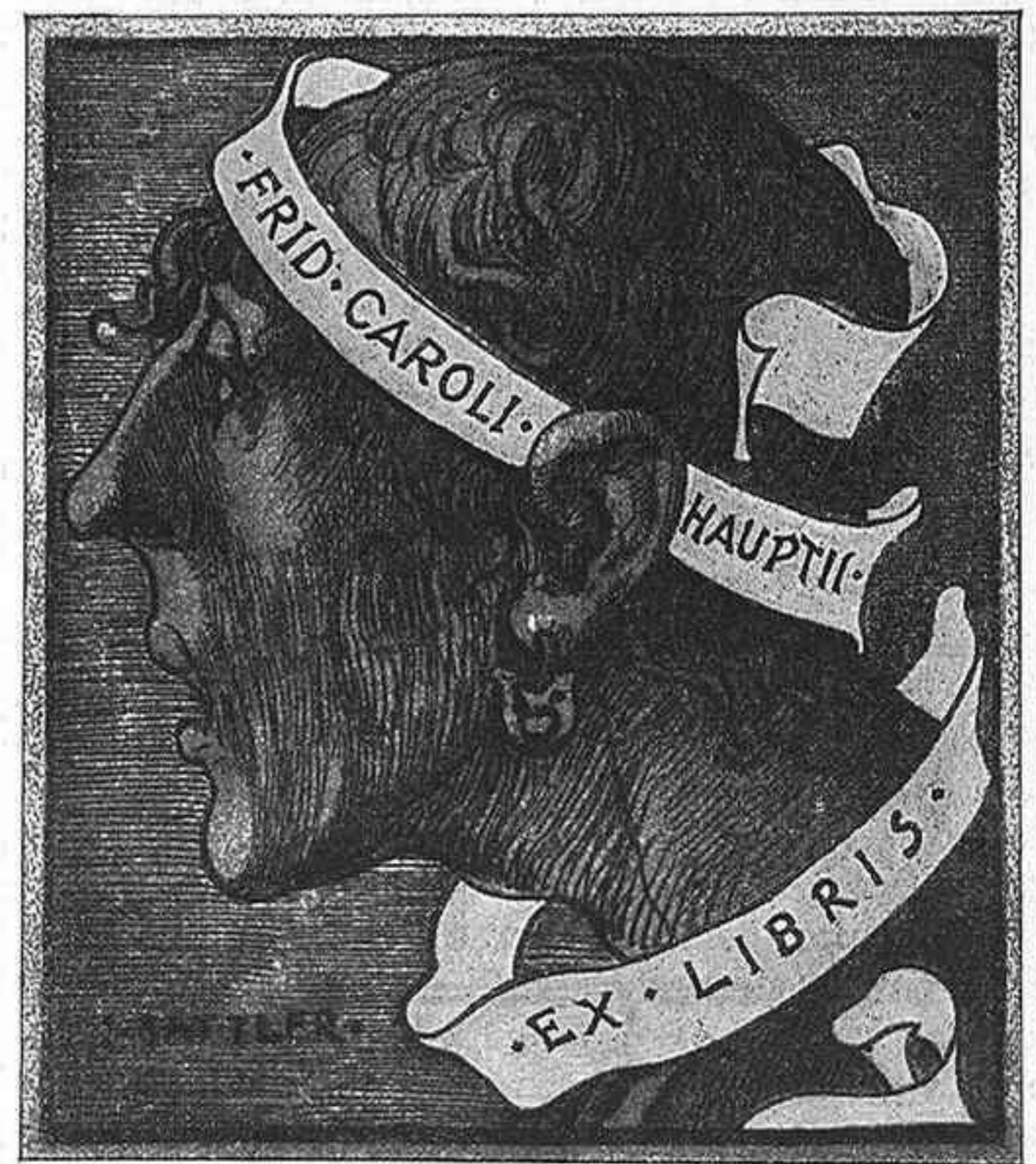
Quien busque en la obra de arte sentimientos é ideas podrá con razón recrearse en las producciones de Sattler, quien, aun dominando como domina el género ornamental, jamás dibuja nada que no tenga alguna significación.

En la fantasía de este artista no se sabe qué admirar más, si la profundidad del concepto ó la asombrosa originalidad de la expresión ó su eminente complejidad. En sus composiciones hay siempre frescura, vida, y de su pasmosa fecundidad son elocuente prueba las innumerables viñetas, iniciales, ex-libris y dibujos de diversa índole, todos los cuales encierran una nueva idea, siendo muchos de ellos verdaderas preciosidades en lo que pudiéramos llamar pequeño arte. Con mucha frecuencia dibuja cabezas que son reflejo fidelísimo de sensaciones ó de estados anímicos, presentándolas ora aisladamente, á modo de símbolo, ora combinadas con otros elementos de ornamentación. En sus trabajos decorativos, sin dejar de ser por esto original, utiliza con admirable acierto el caudal de conocimientos que sus estudios sobre la Edad media le han proporcionado, y en ellos rara vez encontramos el paisaje como factor independiente, pues por lo general sólo sirve de fondo sobre el cual se mueven las figuras.

Todas estas relevantes cualidades de la personalidad artística de Sattler aparecen más claras y por

decirlo así más en sazón en las obras grandes que su lápiz ha producido.

En los «Cuadros de la guerra de los Aldeanos» describe con notable vigor el alma del pueblo alemán luchando por su libertad y su independencia. En «Los Anabaptistas» revive, fantásticamente reproducido, el episodio de los insensatos profetas de Münster; esta obra es una sátira habilísimamente



Ex-libris

hecha del desvarío humano y del fanatismo religioso, y en ella ha demostrado que es algo más que un buen ilustrador, que es un poeta y un artista que con delicado sentimiento y rica fantasía sabe resucitar un tiempo pasado, no sólo con natural fidelidad, sino además como una imagen monumental de las grandezas y de las debilidades humanas.

En su «Danza macabra» entona un himno á la Muerte, describiendo el poder destructor de la que hostil y vencedora sale al encuentro de todos los vivientes. En esta obra la fantasía de Sattler está en su elemento y los cuadros que traza son de un vigor sombrío que sobrecoge el ánimo: estas vigorosas composiciones, de líneas y superficies fuertemente



Ex-libris

acusadas, dibujadas en blanco y negro y muy pocas veces con algunos tonos atenuados, despiertan irresistiblemente en quien las contempla la idea de la muerte, de la aniquilación y le obligan á identi-

(1) Los grabados que en esta y en la siguiente página publicamos son de la revista alemana «Deutsche Kunst und Dekoration» que publica el editor de Darmstadt Alejo Koch.

carce con los sentimientos del artista, á compartir su tétrico pesimismo.

Estos trabajos le valieron un encargo importantísimo que nadie como él podía realizar, cual fué la ilustración del notable libro de H. Boos, profesor



Autorretrato no terminado de José Sattler

de Basilea, «Historia de la civilización de las ciudades renanas,» labor que ejecutó de una manera brillante, produciendo una obra casi única en su clase, en la que pinta la vida de cultura maravillosamente y con exactitud extraordinaria, á pesar de lo cual sus composiciones no son hijas de profundas especulaciones ni de fundamentales conocimientos científicos, sino de una concepción genuinamente artística y de una imaginación fecunda y altamente poética.

Con esta obra entró Sattler en el campo propiamente suyo, en donde podía desplegar mejor sus especiales aptitudes; y apenas la hubo terminado recibió un nuevo encargo, el más halagüeño para un artista alemán: en efecto, el Estado le confió la ilustración de la edición de gran lujo de «Los Ni-

belungos,» para la cual dibujó cerca de 600 iniciales, todas diferentes, originales y bellísimas todas, innumerables cabeceras y finales inspirados en el argumento de cada canto y varias láminas en colores, de carácter grandioso, monumental. En todas estas ilustraciones el dibujo es amplio y firme y la composición extraordinariamente clara y sencilla; nada hay en ellas de superfluo y su simplicidad y grandiosidad hacen de la obra una creación verdaderamente clásica.

En la época en que ilustró la «Historia de la civilización de las ciudades renanas» compuso otra obra, «Mi armonía,» en la que explica de una manera sumamente original lo que podríamos llamar sus sensaciones del colorido: en ella nos dice, por ejemplo, que el verde, color del follaje percedero, despierta en él la idea y la sensación de lo pasajero, de lo eternamente mutable, de la muerte, y que el encarnado es para él expresión de los más elevados sentimientos del placer, del amor, del espíritu. Y todas estas explicaciones van acompañadas de preciosas láminas, cuya contemplación nos hace sentir lo mismo que sintiera el artista, y en las cuales aparece gráficamente retratado el modo de ser de esta personalidad artística.

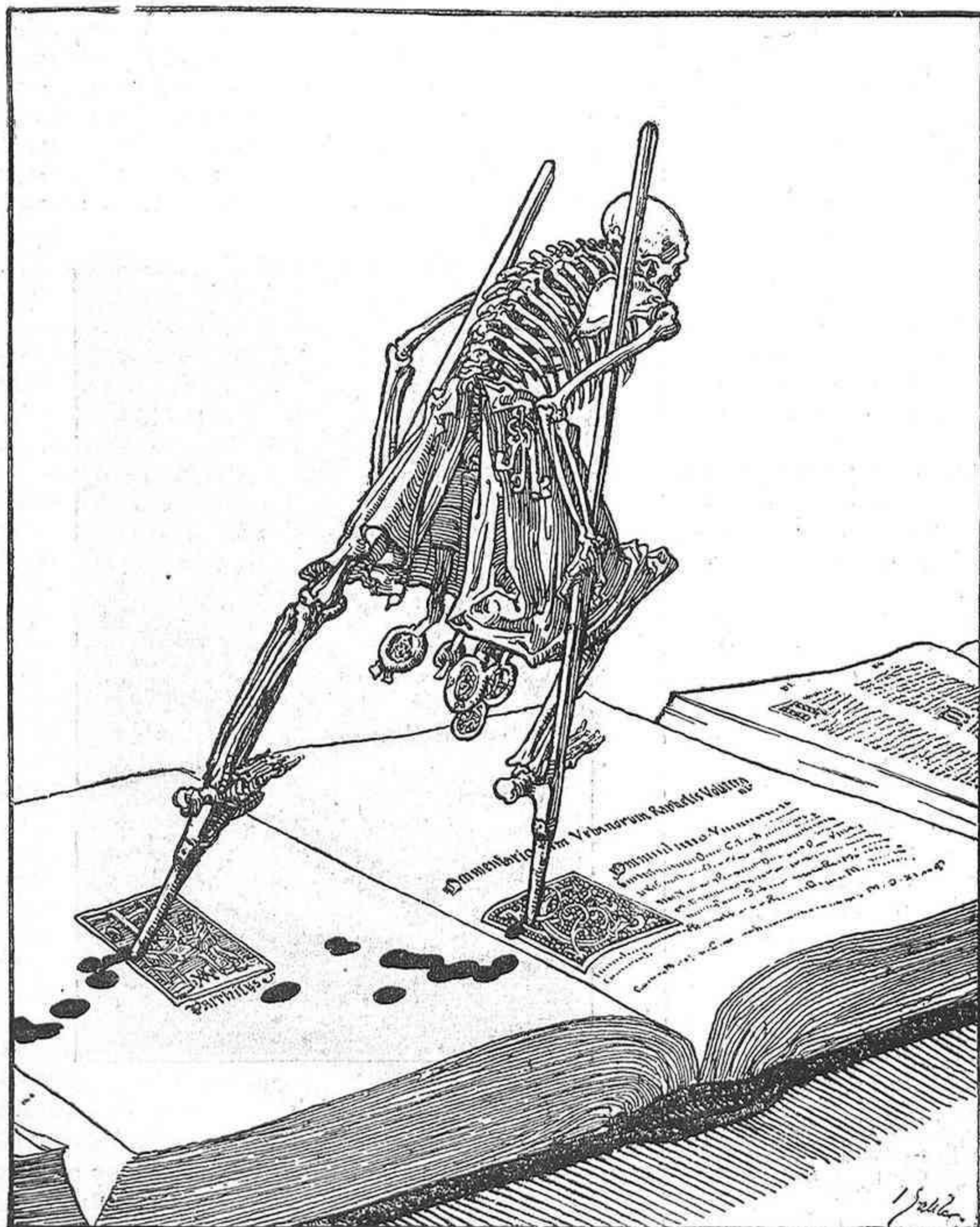
El arte de Sattler, es un arte serio y profundo. Este artista es, como hemos dicho, un poeta, pero su poesía tiene cierto tinte melancólico: sus sentimientos y sus colores son ligeramente sombríos y las cuerdas de su lira emiten acordes graves, solemnes. Sus magistrales figuras son hombres que se han endurecido en la lucha por la existencia y en cuyas facciones han dejado las pasiones impresa su indeleble huella. Pinta la vida en su aspecto rudo, en sus rugientes combates, el espanto, el terror, el poder de la muerte; su lápiz dibuja por modo admirable el hijo del desierto, el honrado mercader, el guerrero curtido en las batallas, el ambicioso sacerdote, el labrador y el pueblo trashumante; pero en sus composiciones faltan las gracias de la mujer, los inocentes encantos del niño, la felicidad del hogar. Es profundamente alemán, pero sólo presenta un lado del alma popular alemana, su seriedad, su belleza grave, nunca su espíritu abierto y regocijado. Su arte no mueve á la risa; en él asoma únicamente la sonrisa de la ironía y de la sátira. No es arte para el vulgo, sino para los que saben sentir y pensar hondamente; sus obras son demasiado profundas y elevadas para llegar á ser populares, en el sentido ordinario de esta palabra, ya que el verdadero arte, en su acepción más elevada, ha sido siempre fuente de deleite únicamente para un círculo reducido de personas ilustradas, capaces de comprenderlo y sentirlo en toda su intensidad. Quien estudie seriamente las obras de Sattler, verá palpitar en ellas la vida y por ellas penetrará en un alma artista genuinamente alemana que ha hecho de su profesión un sacerdocio. Nunca encontramos en ellas trivialidades; jamás hieren nuestros ojos los atentados al buen gusto, aun cuando muchas veces el



LA IGUALDAD, dibujo que forma parte del libro «Danza macabra»

tema tratado por el artista toque en los límites de lo cruel y de lo repugnante. Su aspiración ferviente son la sencillez y la grandiosidad, para conseguir las cuales no es obstáculo el reducido tamaño de sus trabajos, que si pequeños en sus dimensiones no lo son por su importancia intrínseca y por la madurez que todos revelan.

Con la edición de los Nibelungos puede decirse que ha terminado su actividad como ilustrador. Los trabajos para esta y para las otras grandes obras citadas obligaronle á abandonar otras aficiones, á las cuales se propone ahora dedicarse con preferencia. Una de las cosas que más le atraen es la pintura mural; y aunque parezca extraño que el maestro inimitable en materia de dibujos de reducidas dimensiones piense en trasladar á grandes superficies sus ensueños artísticos, no lo es si se tiene en cuenta que sus obras, aun las más pequeñas, revelan un



LA CARCOMA, dibujo que forma parte del libro «Danza macabra»



Dibujo que forma parte del libro «El profesor Müller»

sentimiento de grandiosidad y ofrecen todas un carácter monumental.

También se propone cultivar otra especialidad de la que ha dado ya algunas bellísimas muestras en sus dibujos titulados «Mi casita,» en los cuales reproduce interiores de su vivienda que respiran elegancia y el gusto más exquisito.

Los antiguos atribuían á sus dioses una juventud eterna y una energía creadora inextinguible: tales son los rasgos infalibles del espíritu creador. Pues bien: de Sattler puede decirse que figura en el número de los escogidos, por cuya mediación la divina naturaleza nos regala algo siempre nuevo de sus inagotables tesoros.

DR. DANIEL GREINER.

Berlín.



... que el médico victorioso, radiante, alzaba entre las manos

EL ABUELO

—¿Qué es, qué es?, preguntó ansiosa la madre, Adela, incorporándose en el lecho, fijos los ojos en el pedazo de sus entrañas que el médico victorioso, radiante, alzaba entre las manos.

—Una niña hermosa, mucho más guapa que su madre, contestó el doctor acercándose.

—¡Mátela, mátela usted!, rugió la recién parida, y al mismo tiempo estrechaba contra el pecho y cubría de besos y de lágrimas á su hija.

El parto había sido difícil, un primer parto laborioso, que acaso sin la intervención del doctor hubiera costado dos vidas. Pero ya había pasado, y á los ayes de Adela, á sus quejidos desgarradores, á sus gritos salvajes, sucedían ahora las risas locas de la nueva madre, sus parloteos nerviosos y desordenados, y el llorar agudo y constante con que la niña entraba en el mundo.

Más tarde el médico, terminada su misión, dispúsose á marchar; pero antes,

—¿Queréis, preguntó á Adela y su marido, que ahora, al pasar, dé la noticia al abuelo?

Una nube de tristeza veló la felicidad del matrimonio, y hubo unos instantes de silencio.

—Sería inútil, respondió al fin el marido, Alfredo, conozco á mi suegro. La consideración que usted le merece podrá hacer que le escuche sin mostrar disgusto; pero... ¿Qué espera usted del hombre á quien no conmueve ni el peligro de muerte en que acaba de estar su hija?

El médico, á pesar de este mal concepto que Alfredo tenía del padre de Adela, y que él, conocedor de la vida íntima de aquella familia, hallaba natural y fundado, no desistió de su idea.

—Bueno, bueno, ya veremos, salió diciendo.

Marido y mujer, al quedar solos, se miraron silenciosos, como queriendo y no atreviéndose á continuar entre sí la conversación iniciada por el doctor, conversación que ya otras veces había turbado la paz de aquella casa.

—Eres demasiado injusto con papá, exclamó pasado un rato Adela, que jamás reconocía en su pa-

dre un endurecimiento de corazón, contra el cual no obstante se estaba estrellando todos los días, desde el de su boda con Alfredo, el afecto profundo que ella le tenía.

—¡Injusto!.. Pero déjalo, hoy te está prohibido discutir y disgustarte. Otro día hablaremos de eso, dijo Alfredo abrazando á su mujer.

* * *

D. Pedro Majada, el padre de Adela, era aborrecido, odiado en el pueblo, y en verdad que su aspecto, aun prescindiendo de sus obras, lo hacía perfectamente explicable. Hombre de unos cincuenta años, alto, delgado, siempre vestido de negro, siempre afeitado, hablando siempre en voz baja, misteriosamente, creyéndose un cómico amanerado en perpetua posesión de su papel de traidor de drama, incapaz de inspirar otro sentimiento que repulsión. Su mismo andar cauteloso, de espía, deslizándose como una sombra, prevenía contra él. Favorecíanle muy poco también sus ojos, unos ojos pequeños, de mirada baja, innoble, que hacía adivinar todas las malas pasiones: orgullo y desprecio cuando se fijaban en un pobre; envidia y ambición al clavarse en un rico; lujuria, sensualidad, asquerosos apetitos seniles cuando seguían rastros los pasos de una mujer joven y hermosa.

Es probable que si todas estas circunstancias, contra lo que suele acontecer, hubieran estado en abierta oposición con el carácter de D. Pedro, con su proceder, con sus sentimientos, no hubieran bastado á hacerle odioso á sus paisanos. Pero además era malo, malo por naturaleza; cuanto exteriormente se veía en él, armonizaba perfectamente con su modo de pensar, de obrar, de ser, y el pueblo lo sabía. Era notorio que jamás su corazón se había conmovido ante la desgracia ajena; que jamás había mostrado un buen deseo, una buena voluntad hacia sus semejantes. Era ya proverbial su maldad.

Su misma fortuna, su mismo enriquecimiento — porque D. Pedro era rico — recordaban una mala acción, un verdadero robo. Siendo un chiquillo ha-

bía marchado Majada del pueblo, y á su regreso, ya hombre, dueño de un pequeño capital, habíase casado con una viuda de buena posición, de quien á poco tuvo un hijo. Meses después de nacer éste, un hermano de la señora de D. Pedro, rico como ella, y soltero, fué herido mortalmente en una cacería, y trasladado al pueblo, á casa de su cuñado, falleció inmediatamente; pero no obstante, pasados algunos días, se supo que momentos antes de morir había hecho testamento, dejando toda su fortuna á su sobrino, el hijo de D. Pedro. Los demás cuñados de éste, convencidos de la falsedad de aquel testamento, por cuanto las heridas recibidas por el finado habíanle privado instantáneamente de la vista, del habla, del conocimiento y casi de la vida, habían pensado denunciarlo al Juzgado; pero viendo que D. Pedro había previsto todos los casos y que el testamento, aunque falso en realidad, tendría que ser declarado perfectamente legal por los tribunales, habían desistido de sus propósitos.

Esa mala acción de D. Pedro, cuyo recuerdo infamante no había de poder borrar en la vida de la memoria de sus conocidos, fué entonces duramente censurada, y más adelante, cuando, á poco de nacer Adela, murieron primero su madre y seguidamente su hermanito, hizo á muchos ver en tales desgracias de Majada un doloroso castigo por su mal proceder pasado.

Es verdad que también hubo quien creyera que no por desgracia, sino por suerte había tenido don Pedro aquellas pérdidas, por cuanto ellas hacían más suya la fortuna robada á sus cuñados.

* * *

La boda de Adela y Alfredo y los disgustos que habían mediado entre ambos y D. Pedro con motivo de ella, habían puesto de manifiesto, por si ya no lo estuvieran sobradamente, los ruines sentimientos de Majada, y habían acabado de excitar contra él los odios generales.

Alfredo, sin ser pobre, distaba mucho de tener la fortuna que algún día había de poseer Adela, y eso

solo, esa sola circunstancia, esa única superioridad de su hija, había movido á Majada á oponerse abiertamente, rudamente, desde que había tenido noticia de ellas, á las relaciones de ambos jóvenes. A nadie se ocultaban las buenas cualidades de Alfredo, sus buenos antecedentes, su honradez, su laboriosidad, su ilustración, sus primeros éxitos en la carrera de abogado que había empezado á ejercer entonces; pero para D. Pedro el dinero sólo con dinero era comparable, y únicamente á quien tuviera tanto como ella creía digno del amor de su hija.

Por su parte Adela, en quien el ejemplo de su padre no había ejercido la más ligera influencia, tenía ideas muy opuestas á las de él en ese punto, y considerándose favorecida con aquellas relaciones, y amando ya profundamente á Alfredo, cariñosa como siempre lo era con su padre, cuyos defectos no veía ella jamás, había intentado vencerle de lo injustificada que era su oposición, había procurado hacerle variar de pensamiento con razones no por respetuosas menos atendibles, y cuando había visto irrealizables sus deseos, defraudadas sus esperanzas, desechados sus ruegos, alma fuerte, había tenido el valor de arrostrar todas las intemperancias de D. Pedro, todos sus inconcebibles rigores, y contra su voluntad terminante había dado su mano á Alfredo.

Este, como consecuencia de esa inmotivada y tenaz oposición de su suegro, odiábale tanto como amaba á Adela, y ese odio, del que nunca llegó á participar la joven, había sido causa de serias discusiones entre el nuevo matrimonio, especialmente en los primeros meses de casados. Después ya, poco á poco, Adela había ido convenciéndose, aunque no en absoluto, sin embargo, del escaso afecto que su padre sentía hacia ella, y como por otra parte Alfredo procuraba hablar de él lo menos posible, iban haciéndose cada vez menos frecuentes aquellos disgustos, si quiera tuvieran que reprimir algo sus sentimientos en más de una ocasión marido y mujer.

* *

Viejecito ya, aunque sano y fuerte todavía, el doctor Ramírez era uno de esos hombres convencidos de que no valen las cosas de la vida los disgustos que cuestan, y apóstol de esa fe, y bondadoso además por naturaleza, procuraba siempre llevar al ánimo de sus semejantes aquel su mismo convencimiento.

Era el eterno mediador en todas las cuestiones que se suscitaban entre sus vecinos, y muchas, muchísimas se habían solucionado amigablemente gracias á él.

—¿A qué reñir? Cuatro días que hemos de estar aquí, pasémoslos en paz, solía decir.

Aparte de la confianza que tenía con todos sus clientes por razón de su carrera, la cual confianza le autorizaba á hacer toda clase de preguntas, su carácter conciliador convertíale en depositario de los más íntimos secretos. El que había entre Alfredo y Adela, el escollo con que tropezaban en su vida matrimonial los dos jóvenes, érale sobradamente conocido, y ya otra vez había intentado apartarlos de él, pero no había podido lograrlo. A poco de casada Adela había hecho ir á implorar perdón de su padre, y seguidamente había ido él también á

pedir á Majada que se reconciliara con sus hijos, pero todo había sido inútil; D. Pedro había mostrado duro, intransigente.

Sin embargo, no desesperanzaba al buen doctor ese fracaso, y ahora, recién parida Adela, parecíale inmejorable la ocasión para llevar á cabo sus deseos, porque pensaba que si no por los hijos, por la nieta, se hallaría Majada propicio á la reconciliación.

Además D. Pedro debíale señalados favores profesionales, tal vez la vida, y había de costarle mucho desatender nuevamente sus ruegos, no rendirse á

No hizo, pues, el doctor más que salir de casa de Alfredo y á dos pasos halló la puerta de la de don Pedro abierta de par en par.

Dió unos golpecitos con su bastón el bondadoso médico en la misma puerta, atusó nervioso el blanco bigote, dió un estirón á la americana, hizo un gesto que bien podía tomarse como de mal humor, aunque en realidad sólo aparente y para atemorizar á Majada le llevara, y trepó con agilidad impropia de sus años por la escalera que arrancaba del fondo de un pequeño patio.

Una vez arriba halló á la criada de D. Pedro, que se disponía á bajar, y como ella le dijera que el amo estaba en la sala, conoedor como de las suyas de todas aquellas habitaciones, avanzó el doctor gravemente hacia la que se le había indicado.

Un instante después llegó á ella y á su puerta se detuvo, allí se quedó inmóvil como una estatua, asombrado, dudando de sus propios ojos, creyéndose dominado por inverosímil sueño.

¿Qué había visto? Lo que menos esperaba, lo que nunca hubiera podido figurarse. D. Pedro, con el oído pegado á la pared que le separaba de la habitación de sus hijos, escuchaba embelesado el llanto de su nieta, y de sus ojos brotaban las lágrimas y en su rostro transformado, casi venerable ahora, se dibujaba una sonrisa de profunda, de suprema felicidad.

¿Explicaciones? No medió ninguna, no hacían falta. Ni el exordio del discurso que llevaba pensado «¿A qué reñir?..» necesitó pronunciar el doctor, que cogiendo de un brazo al abuelo marchó con él á la casa de al lado.

DELFIN FERNÁNDEZ
Y GONZÁLEZ.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

LA DJNÚN Y EL TALEB

LEYENDA ÁRABE

El taleb Ahmed ben Abdalah vive en el santo temor de Dios.

Jamás se ha podido decir de él que haya ambicionado el bien ajeno. Cuanto posee es de todos y su tienda está abierta para todo el mundo. Se sabe el Corán de memoria y observa fielmente todos sus preceptos. El taleb se abstiene de las viandas prohibidas y no bebe vino jamás. Ahmed ben Abdalah es todavía joven; pero ningún deseo

carnal viene á turbar la serenidad de su espíritu ni la paz de su corazón.

Ahmed, el taleb, ha salido, al amanecer, de su tienda, y ha encontrado á su vecino Alí á la puerta del cercado.

—¡Dios te conceda un día venturoso, Alí!

—¡Que Él te colme de felicidades, Ahmed!

—¿Cómo van los que te ayudan?

—Bien; muy bien.

—¡Alabado sea Dios! Cuando estás bien, lo estoy yo igualmente.

—¿Adónde vas á estas horas?

—A la tumba de Sidi Alí Zuauí.

—¡Que la bendición de Dios caiga sobre ti y sobre los tuyos!

Ahmed ben Abdalah prosigue su camino. Y anda, y anda mucho tiempo sin parar. Le sorprende la noche y se detiene á descansar en una pequeña gruta que encuentra al borde del camino.



Una calle de Venecia, cuadro de Rafael Senet

sus teorías: «¿A qué reñir? Cuatro días que hemos de estar aquí, pasémoslos en paz.»

—Pase que no me hiciera caso antes, decíase el doctor. Realmente entonces los disgustos pasados estaban muy recientes, y al fin D. Pedro, aunque no la tuviera, creía tener razón. Pero ahora...

Las casas de D. Pedro y sus hijos estaban juntas. Mejor dicho, era una sola casa convertida en dos por medio de una separación reciente. Pertenecía el edificio á la señora de D. Pedro, y al morir la propietaria lo heredaron por mitad Adela y su hermano. Muerto también éste, su parte pasó á D. Pedro, y luego, casada Adela, su marido exigió á Majada los bienes que la correspondían. Como no tenían otras casas en el pueblo y padre é hijos no cabían juntos en aquélla, á pesar de ser enorme, acordaron dividirla, único acuerdo que hubo entre ellos, si quiera á éste llegaran porque á ambas partes movía el mismo deseo de perjudicar á la contraria.

Á la mañana siguiente, Ahmed ben Abdalah cumple con sus deberes de fiel musulmán y continúa su marcha.

Llega á orillas de un río y ofrécese á su vista un espectáculo encantador. En el agua cristalina se baña una joven, bella como una hurí.

Ahmed, el taleb, queda mudo de asombro, mientras que la djnún, que no le ha visto, continúa sus deportes y ofrece á los deslumbrados ojos del santo varón mil tesoros de voluptuosidad.

De pronto, Ahmed descubre á sus pies una piel de paloma; la recoge maquinalmente y continúa observando á la náyade.

Esta ha concluido, al fin, de bañarse. Vuelve á la orilla del río, se tiende muellemente sobre el césped y espera que el sol haya secado su bellissimo cuerpo.

Levántase y busca su forma de paloma. Pero la busca en vano. No la encuentra por ninguna parte. ¿Qué va á hacer la bella djnún? ¿Cómo va á juntarse con sus hermanas, que la esperan allá, lejos, muy lejos? Se desespera y se echa á llorar. Pero descubre á Ahmed ben Abdalah que, escondido detrás de unas pitas, la mira fijamente y conserva aún en la mano la forma de paloma de que ella se desprendió para bañarse en el río.

— ¡Por favor!, le dice; devuélveme mi forma de paloma, si no quieres que muera de desesperación.

— No te la devolveré, bella djnún; quiero conservarla como un recuerdo tuyo.

— Te lo suplico; devuélvemela y te concederé lo que me pidas.



La echadora de cartas, escultura de Rosendo Nobas

— ¿Me lo prometes?

— Te lo prometo.

— Convenido.

— Tu voluntad es la mía y estoy pronta á obedecerte.

— Aquí tienes tu forma de paloma; te la devuelvo con la condición de que dentro de quince días, á esta misma hora, me esperarás aquí.

— ¡No, no; sígueme!

Desolada, la djnún acompaña al taleb.

Llega á la morada de Ahmed ben Abdalah y pronto, en los contornos, no se habla más que del próximo casamiento del santo varón.

Llega el día señalado y el taleb se casa con la djnún.

Pasan años y la mujer da á su marido hermosos

Ahmed, el taleb, devuelve la piel de paloma á la joven, que se reviste otra vez de ella rápidamente y echa á volar.

El santo varón la mira alejarse y, después que la ha perdido de vista, prosigue su camino.

Ahmed ben Abdalah llega á la población y dirige sus pasos hacia la tumba de Sidi Alí Zuauí. Deposita su ofrenda en manos del ukil, hace sus devociones, visita unos cuantos amigos y vuelve á emprender el camino de regreso á su vivienda.

Á la hora convenida, llega á la orilla del río. Una paloma se posa sobre el césped, se desprende de su forma y aparece otra vez la bella djnún á los maravillados ojos del taleb.

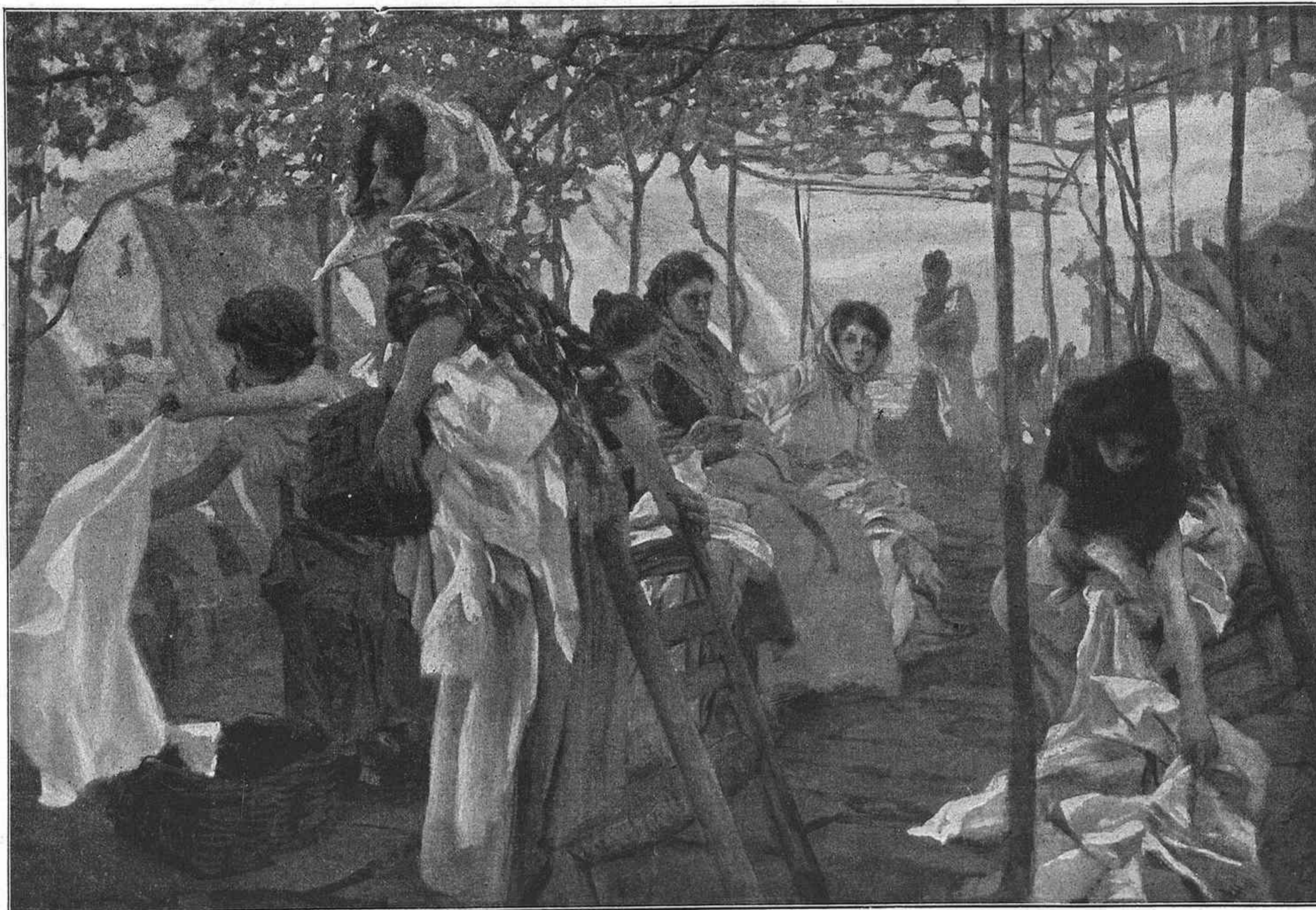
— Aquí estoy. ¿Qué quieres de mí?

— ¿Puedo pedirte algo que no sea la posesión de tu encantadora persona?

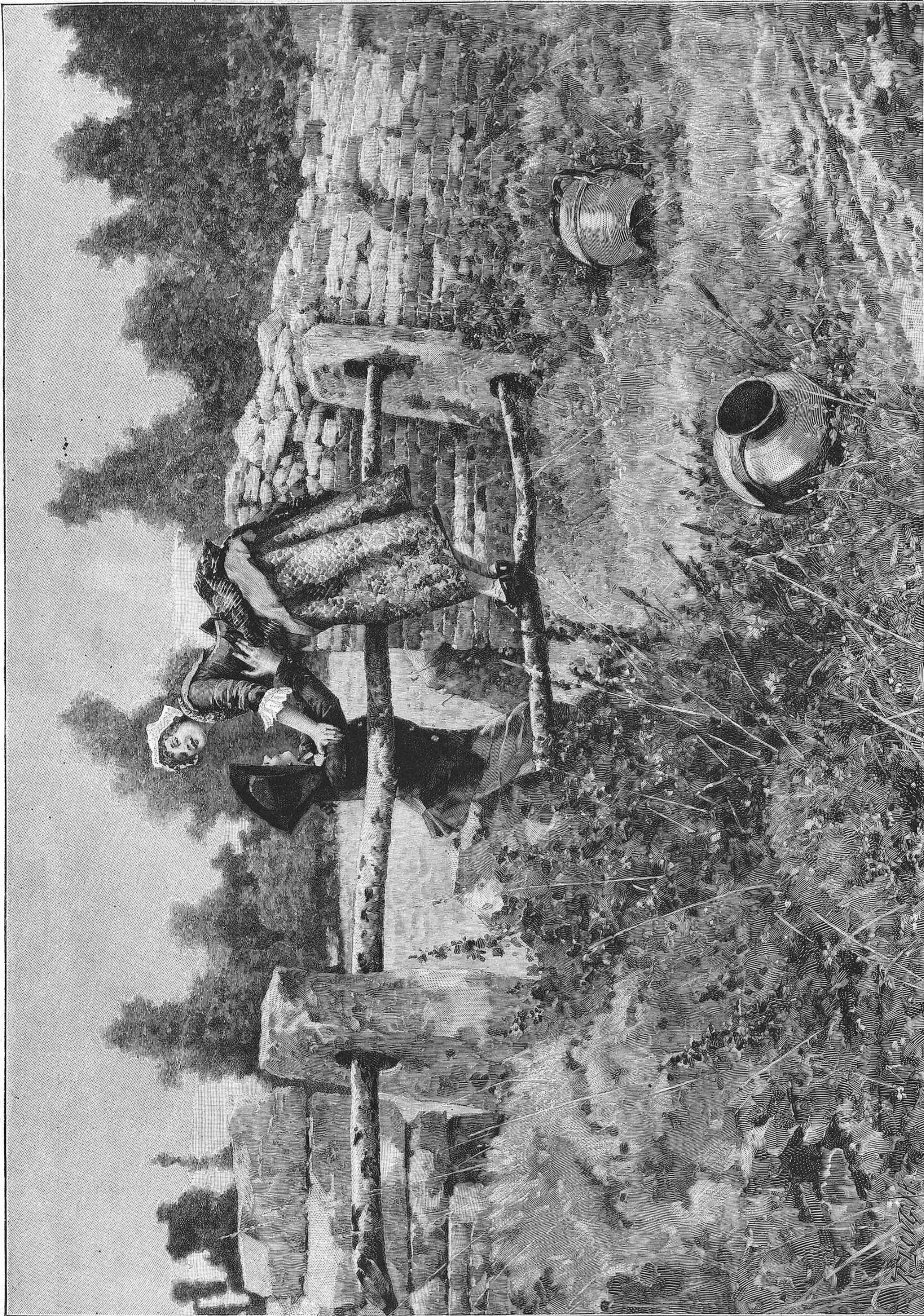
— ¿Pero no eres un santo?, ¿y no te prohíbe el Profeta que te unas á mí?

— Lo sé, pero eres tan bella, que no puedes ser sino un ángel de Dios. Te exijo, pues, que me sigas y que seas mi mujer.

— ¡Oh, santo varón!, piensa bien lo que exiges de mí. Déjame vagar tranquila por ríos y bosques con mis compañeras.



Costureras, cuadro de Héctor Tito. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903)



AMORES CAMPESTRES, cuadro de G. Toudouze



¡BUENA PESCA!, cuadro de Beppe Ciardi

hijos que son el encanto de los esposos y la envidia de los vecinos.

Pero la bella dñún está siempre triste. Ama á sus hijos y adora á su esposo, de quien no tiene motivo alguno de queja. Mas el recuerdo de sus compañeras la persigue siempre, y se pasa horas y más horas suspirando por la libertad perdida y por los años felices que pasó vagando por ríos y bosques.

Un día, los niños juegan en un rincón de la casa; de pronto encuentran una piel de paloma y la llevan á su madre, cuyos ojos brillan de placer. ¡Cómo se alegra de encontrar de nuevo su suave vestidura de dñún!

Terrible duda la asalta. ¿Partirá ó se quedará con su esposo y sus hijos?

Vacila un momento. Pero en seguida toma una determinación. Abraza á sus hijos, les colma de caricias, reviste su forma de paloma y tiende el vuelo en busca de sus antiguas compañeras.

Ahmed ben Abdalah había salido. Vuelve á su morada y se entera de la terrible nueva. Llora y se arranca el cabello de desesperación. Pero ¡ay!, todo es inútil.

La dñún ha desertado para siempre el hogar de Ahmed.

Sin embargo, de vez en cuando vuelve un instante para ver á sus hijos, los abraza con ternura y desaparece.

JUAN B. ENSEÑAT.

NUESTROS GRABADOS

Lady Constanza, estatua de Ricardo Garbe.— Muerto Ricardo Corazón de León, apoderóse del trono de Inglaterra su hermano Juan Sin Tierra, usurpándolo á su sobrino



Lady Constanza, estatua en bronce y marfil de Ricardo Garbe

el príncipe Arturo, hijo de Godofredo y de Constanza, á quien, después de una enconada lucha, asesinó con sus propias manos en Ruán. La figura de Constanza, la infortunada madre que en vano confió la defensa de los derechos de su hijo al rey de Francia Felipe Augusto, ha sido admirablemente retratada en la famosa tragedia de Shakespeare, *El rey Juan*, y en este retrato del inmortal dramaturgo se ha inspirado el escultor inglés Ricardo Garbe para modelar la primorosa escultura que reproducimos y en la cual el artista ha sabido combinar con habilidad suma el bronce y el marfil. La corrección y la elegancia de líneas de esta estatua son dignas de las mayores alabanzas; no menos las merece la expresión dolorosa que el escultor ha sabido imprimir en el interesante rostro de la infeliz Constanza.

Camprodón, cuadro de Eliseo Meifrén.—Ventajosamente conocida de nuestros lectores la personalidad artística de Eliseo Meifrén, sólo ha de sernos permitido hoy llamar su atención respecto del hermoso lienzo que reproducimos en la primera página de este número. Es un notable estudio, que pregona la valía y la variedad de aptitudes que posee el fecundo pintor catalán. En esta revista nos ha cabido la suerte de poder dar á conocer varias de sus producciones, manifestándose en todas ellas, sea cual fuere el género á que pertenezcan, dueño de su paleta y devoto de la naturaleza, cuyos contrastes y grandeza tan bien sabe interpretar.

Una calle de Venecia.—Plaza de San Juan en Venecia, cuadros de Rafael Senet.—Alejado de la madre patria, forma parte Rafael Senet de esa pléyade de artistas meritísimos que, establecidos en extranjero suelo, se identifican con el medio en que viven, y si bien amasan en su paleta esa riquísima gama peculiar de determinadas escuelas peninsulares, interpretan con señalada discreción lo que puede ser objeto de su estudio. Muestra de ello son los dos cuadros que reproducimos, trasunto fidelísimo de la poética ciudad de las lagunas, que aparte de su belleza, reúnen el atractivo que ha sabido darles el artista.

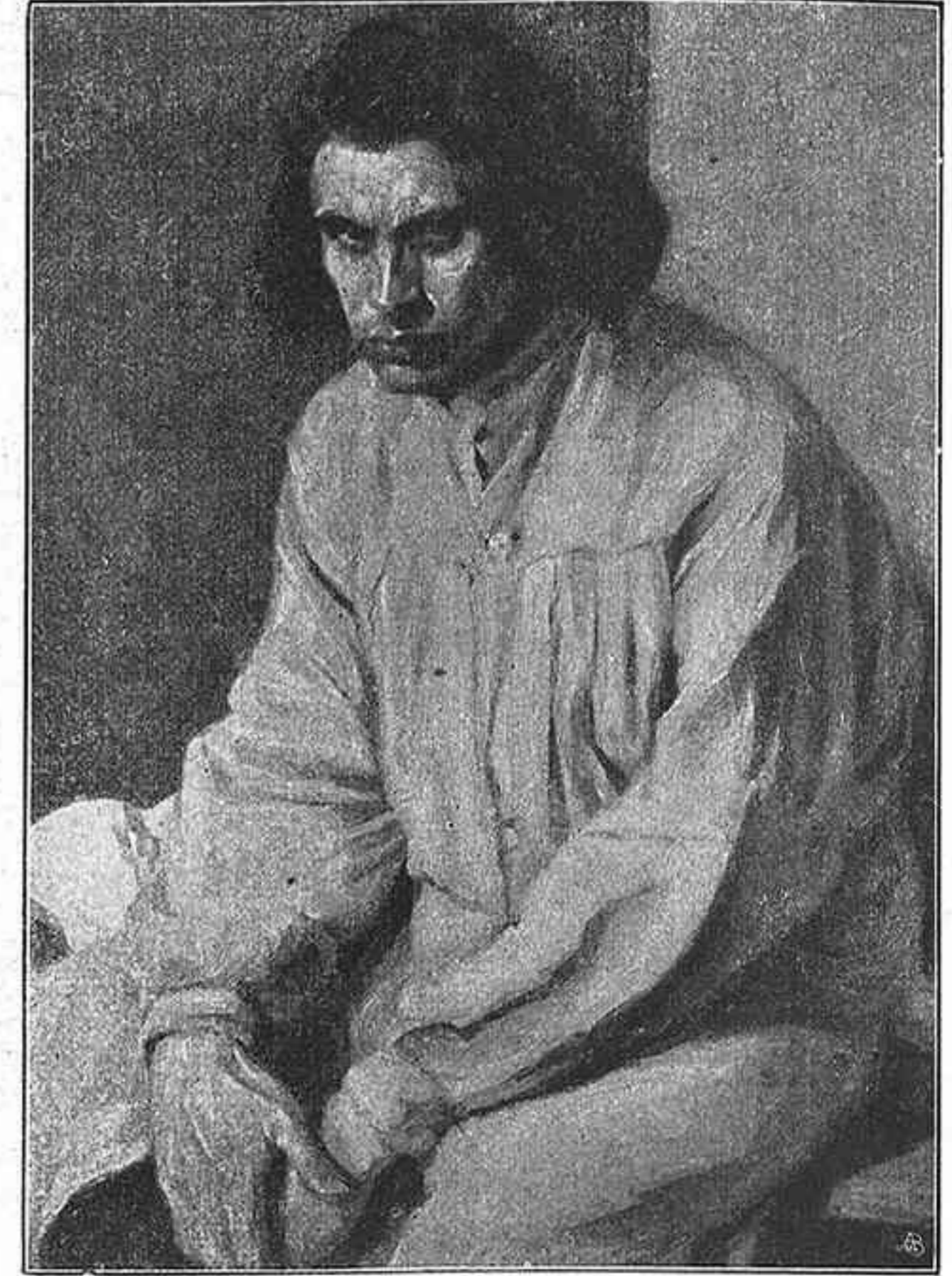
La echadora de cartas, escultura de Rosendo Nobas.—Dotado de clara inteligencia y poseyendo el sentimiento y el buen concepto del arte, formó parte el malogrado escultor reusense de esa primera pléyade de artistas á quienes debe nuestra patria la evolución que ha determinado el renacimiento de la escultura nacional. No significa el nombre de Rosendo Nobas lo que representan los Canova, Thorwaldsen, Rude, etc., pero sí debe figurar en el número de los más discretos escultores, de los más fervientes campeones del renacimiento patrio, ya que al logro de tan laudables propósitos dedicó los mejores años de su vida y el esfuerzo de su inteligencia. Debido, quizás, al levantado concepto que tenía del arte, buscó siempre las fuentes de inspiración en las grandes obras de la antigüedad y del renacimiento italiano, ya que en ellas se había saturado su espíritu. Muestra evidente de la devoción que inspiraban al artista las magistrales creaciones á que nos referimos son sus obras y de entre ellas la que figura hoy en estas páginas, que forma parte de la colección que posee D. Enrique Batlló. Barcelona tiene algunas de sus producciones, recordándose la que tituló *El siglo XIX*. ¡Sensible es que la muerte nos arrebatara al artista, precisamente cuando más podía esperarse de sus aptitudes y de su ingenio!

Costureras, cuadro de Héctor Tito.—Con razón figura este pintor italiano entre los primeros artistas de su patria, y nuestros lectores han podido en diversas ocasiones apreciar, por las varias obras suyas que hemos reproducido, que es bien merecida la fama por él conquistada. Tito se dedica casi exclusivamente á pintar escenas de costumbres de su tierra y es un realista convencido en el buen sentido de la palabra, lo cual, á nuestro modo de ver, equivale á decir que sus cuadros, tomados directamente del natural, tienen ese ambiente poético que el natural ofrece cuando el artista ha sabido escoger para su obra la verdad bella, única que puede admitirse en materias de Arte. A este concepto responde perfectamente el lienzo *Costureras*, en el que la realidad y la belleza aparecen en admirable consorcio y además avaloradas por una ejecución irreprochable que se advierte en cada una de las figuras, en la bien entendida perspectiva y sobre todo en la maestría con que están tratados los juegos de luz que producen los deslumbradores rayos del sol al filtrarse por entre el emparado y posarse sobre las personas y los objetos.

¡Buena pescal, cuadro de Beppe Ciardi.—El sol luce espléndidamente, el aire es cálido y bochornoso, y el mar, en el que se refleja un cielo purísimo, con su movimiento suave y su frescura parece invitarnos á que nos sumerjamos en su seno para hallar en él refrigerio y descanso. Algo más que esto han ido á buscar los muchachos tan admirablemente pintados por Beppe Ciardi: nacidos junto al mar, acostumbrados desde sus más tiernos años á mecerse en sus ondas, pásanse la mayor parte del día en el agua, no sólo para gozar del placer del baño, sino para perseguir á los pececillos que se atreven á acercarse á la playa y coger mariscos entre las rocas y peñascos cercanos á la orilla. Esta vez la suerte les ha favorecido, pues, á juzgar por la alegría que demuestran, la presa de las dos anguilas es para ellos un inusitado golpe de fortuna, que les pondrá en posesión de unos cuantos céntimos, con los cuales se creerán más ricos que un potentado.

Amores campestres, cuadro de G. Toudouze.—Es Toudouze uno de los pintores franceses que demuestran en sus obras un gusto más refinado, que se revela no solamente en la elección de los asuntos, sino también en la manera de desarrollarlos, siendo buena prueba de ello el cuadro *Amores campestres*, que en el presente número reproducimos. Claro está que hay en este lienzo, como en otros suyos, cierto convencionalismo que no verán con buenos ojos los severos aristarcos que á la mentira bella prefieren la verdad fea; pero esto en nada mengua el valor de la composición, ya que en punto á bellas artes no cabe admitir más dogma que el que manda que la obra artística, para ser considerada como tal, ha de despertar la emoción estética. ¿Y acaso no cumple este fin la obra de Toudouze? ¿Acaso no produce en nosotros inefable deleite la contemplación de ese lindo paisaje y de ese grupo encantador que forma la enamorada pareja? Siendo esto así, ¿qué ha de importarnos que los personajes no tengan de campesinos más que el traje? ¿Por ventura no puede decirse otro tanto de los pastores y de las zagalas de Watteau? ¿Y habrá por esto quien niegue las excelencias de los cuadros de este pintor ilustre á quien críticos tan poco sospechosos de idealistas como los hermanos Goncourt han colmado de los elogios más entusiastas?

Retrato, obra de Enriqueta Further.—Uno de los géneros pictóricos que mayor transformación han sufrido en nuestros tiempos es el retrato: el artista se preocupa hoy de estudiar y fijar en el lienzo, no sólo los rasgos físicos, sino muy principalmente los rasgos morales del sujeto, y para ello gusta de sorprender á éste en la intimidad, para presentarlo tal como es, no desfigurado por censurables amaneramientos y desnaturalizado por la acumulación de accesorios, no ya inútiles, perjudiciales. La obra de la pintora alemana Enriqueta Further se ajusta á las exigencias modernas; el retrato por ella pintado está sinceramente sentido, tiene vida, respira naturalidad, y por esto produce en nosotros tan excelente efecto.



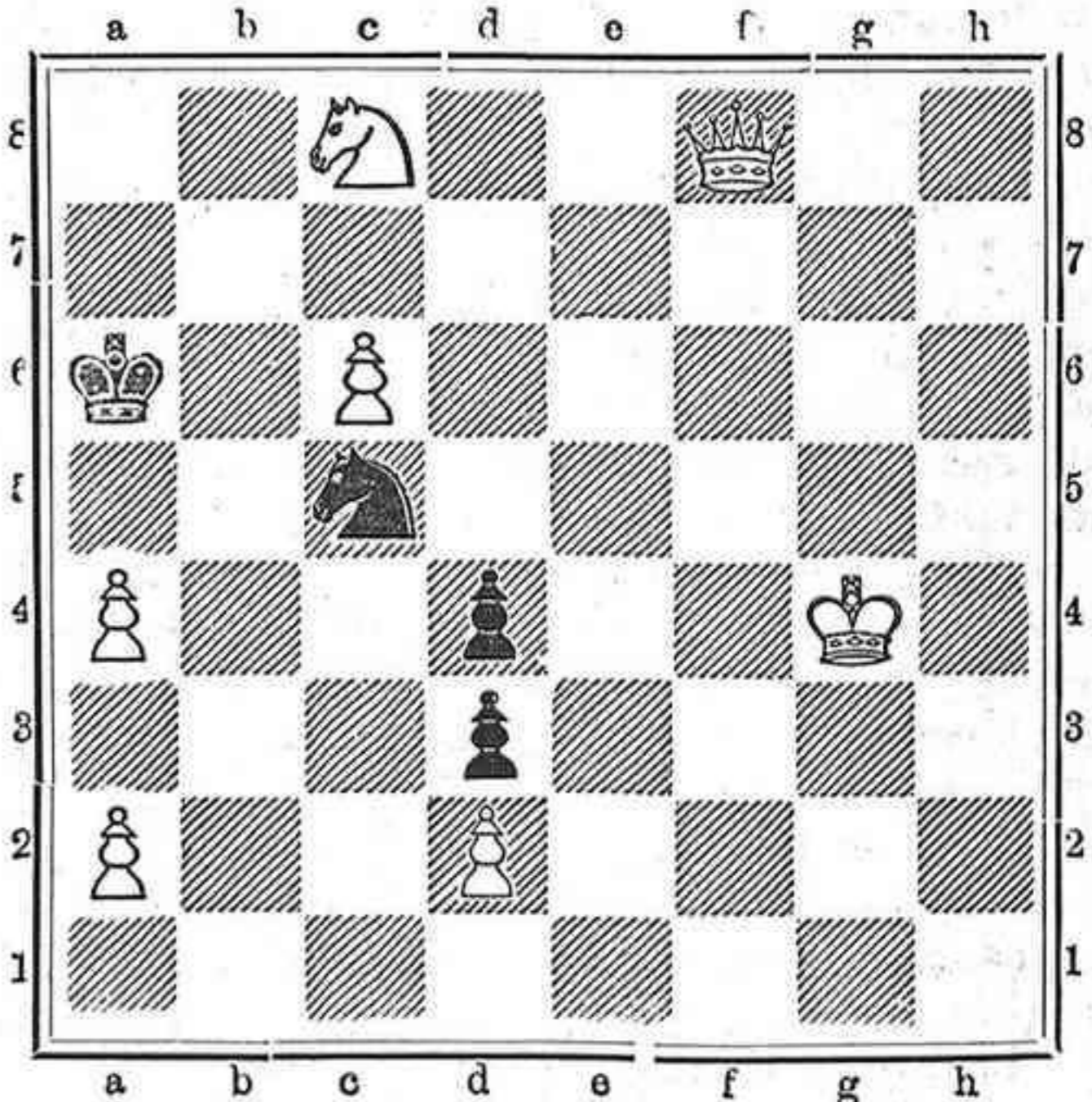
Retrato, obra de Enriqueta Further

Teatros.—Barcelona.—Han inaugurado la temporada de otoño é invierno los teatros Principal y Romea. En el primero actúa una compañía de zarzuela catalana, dirigida por los maestros Sadurní y Carbonell, que ha puesto en escena varias obras ya conocidas y estrenado con muy buen éxito el drama lírico en un acto *La barca*, letra de Apeles Mestres y música de Morera. En el segundo funciona la notable compañía catalana á cuyo frente figuran actrices y actores tan conocidos y reputados como las señoras Monner, Delhom y Morera y los Sres. Borrás, Soler, Fuentes, Capdevila, Santolaria, Daroqui y otros, habiendo estrenado con gran éxito *L' aniversari*, drama en tres actos de D. Salvador Vilaregut, y *El carro del vi*, sainete en un acto de D. Ramón Ramón. En el teatro de la Granvía sigue obteniendo entusiastas aplausos la compañía italiana á cuyo frente figura la eminente Vitaliani. En Novedades se ha cantado, entre otras óperas de repertorio, *La Tosca*, de Puccini, que ha valido un triunfo á la tiple señora Palermi y muchos aplausos al barítono Sr. Menotti. En el Eldorado se ha estrenado con buen éxito *Colorín colorao...*, cuento cómico-lírico-fantástico en un acto y cinco cuadros, letra de los Sres. Arniches y Jackson Veyan y música de los maestros Torregrosa y Valverde (hijo).

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 338, POR A. OBERHANSLI.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 337, POR M. FEIGL.

Blancas.
1. D a3-f8
2. D mate.

Negras.
1. Cualquiera.



Presento á usted mi hijo, señorita, mi pobre hijo, que no puede ver á usted...

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Y con aparente indiferencia, como si su corazón no latiera violentamente, Andrea preguntó al tío Mario:

— De modo que, con lo poco que le queda, esa señora consigue...

— Llega á vivir, sí, como Dios quiere... Pero figúrese usted si necesita echar cuentas... Es verdad que tienen una pequeña renta, pero son tres para vivir de ella... Mauricio empieza á bastarse á sí mismo; pero eso no quita que á fin de año, cuando han pagado al panadero y al cobrador de contribuciones, les quede muy poco...

— ¿Por qué no tratan de aumentar un poco sus escasos recursos?

— ¿Cómo quiere usted que lo hagan? Noel no puede ocuparse en nada y la señora tampoco. Acaso Mauricio llegue un día á ayudarlos, pero no será tan pronto...

— Bueno; pero, entretanto..., podían tomar un huésped que ocupase esa habitación, tan independiente, del piso bajo... Aquí, en esta costa, todas las personas del país especulan de ese modo, hasta las que están acomodadas... Eso les valdría, por lo menos, durante el invierno, de ciento cincuenta á doscientos francos al mes.

— ¿Cree usted que tanto?

— Vea usted lo que cuesta el hotel, donde no se está tan bien como con una buena familia y donde una joven tiene que comer en mesa redonda y sufrir á veces unos contactos...

— Pues es verdad...

— Yo, que vengo aquí porque estoy, si no enferma, cansada... Yo, que necesito una gran calma y un gran reposo...

— Seguramente que en la Casa Blanca estaría usted mejor que en el hotel...

— En fin..., dijo Andrea dando un suspiro como si tuviera que renunciar á esa quimérica perspectiva.

Y el viejo insistió:

— Pero, verdaderamente, ¿daría usted doscientos francos?

— De buena gana y sin hacer ningún sacrificio, puesto que eso es lo que pago en el hotel, poco más ó menos...

El viejo pareció dudar mientras rehacía dos ó tres

mallas de su red y mientras Andrea se apresuraba á pintar en su álbum.

Después dijo de repente:

— ¿Quiere usted que hable de eso á la señora?

— No tengo inconveniente, respondió la joven con expresión de indiferencia.

— Y si la cosa se arreglara, ¿no se arrepentiría usted?

— No, amigo Mario, dijo Andrea sonriendo, y hasta habría un luis para usted, puesto que me habría prestado un verdadero servicio.

— Puede usted creer que no lo haré por el dinero, aunque agradezca á usted su regalo de todo corazón. Entonces, cuando hable á la viuda, le diré que la señorita...

— Que la señorita Andrea Rival, institutriz, de Grenoble, ha venido á pasar en el Mediodía la estación de invierno... Que el médico le ha aconsejado este hermoso país de Agay para vivir con un gran descanso de cuerpo y de espíritu... Naturalmente, pagaré adelantado si es preciso...

— Esos son asuntos que ya no me importan. Usted se arreglará con la viuda de Beraud... Voy á decirle la cosa, y sin tardar...

* *

La viuda de Beraud estaba trabajando en el comedor, una gran pieza del piso bajo en la que se reunía la familia y que estaba defendida del ardiente sol por la sombra del tejadillo rústico.

Aquella señora no tenía aún cincuenta años; pero su cabello blanco, las profundas arrugas que surcaban su frente tostada por el aire del mar y su actitud de resignación y de abandono le daban el aspecto de una mujer vencida por la desgracia.

Sí, aquella pobre madre estaba resignada á volver á empezar su obra de maternidad laboriosa é inquieta con un hijo de veintiséis años que había vuelto á ser como un niño pequeño.

También Noel estaba allí, abandonándose al cansancio de vivir, de vegetar, de morir lentamente. Allí estaba, medio echado en una vieja butaca, á la que en tiempos mejores llamaban todos «la antigua», y perdido en algún recuerdo del pasado, de la

época en que tenía ojos y talento, del tiempo — ¡Dios cruel! — en que era un artista, un hombre, y no esa cosa inútil, ese estorbo, incapaz de proporcionar á su madre adorada más que un aumento de trabajo y de estrechez.

Cuando Cristina entró, la madre estaba cosiendo, sin hablar, al lado de la ventana, y el ciego soñando y como entumecido de espíritu y de cuerpo.

No era una criada muy bien enseñada aquella pequeña Cristina, que se presentaba así, con aquellos cabellos enmarañados, su cutis de melocotón tostado por el sol y una flor encima de la oreja, según la moda del país. La muchacha entró sin llamar en aquella pieza sombría, en la que la mesa, las sillas, el pequeño aparador y los ladrillos del suelo brillaban con una limpieza refinada, realzada todavía por la perfecta blancura de las paredes blanqueadas, por cuyo zócalo y por cuya cornisa redondeada á la italiana corría un sencillo filete azul.

— Señora, ahí está mi padre que quiere decir á usted una cosa.

— ¿Y por qué no entra?.. ¡Mario!, dijo llamándole.

El viejo pescador entró con su boina en la mano. — He enviado por delante á la pequeña para saber si no molestaría á la señora...

Y añadió al ver á Noel en un rincón:

— Buenos días, Sr. Noel, ¿está usted descansando un poco?

— Un poco, sí, respondió el joven lacónicamente. Cuando el buen Mario acabó sus cumplimientos, entró en materia.

— Voy á decir mi comisión, señora. Es una idea que me ha ocurrido, porque el dinero, ¿verdad?, siempre viene bien, sobre todo cuando cae como llovido, y doscientos francos al mes son una buena pesca...

— Seguramente, dijo la viuda suspirando.

— Seguramente, repitió como un eco Noel, que había oído el suspiro de su madre.

— Pues bien: los tiene usted si quiere, señora Beraud. Y en seguida. Conozco una joven honrada, eso se conoce á primera vista, y amable; vamos, toda una señorita... Ha estado enferma, pero ya está curada... Viene á restablecerse aquí, al aire sano y

al sol, y ya comprenden ustedes que una joven sola, en el hotel, donde hay tanta gente y tanto ruido, no se encuentra á gusto. Me lo ha dicho en la playa, á la que va á pintar y donde nos hemos conocido... Dice que por una habitación en una casa de familia como la de ustedes, daría con gusto lo que paga en el hotel.

— ¡Alojar y alimentar aquí á una persona!.. ¡Sentarla á nuestra mesa!..

— ¡Bah! Para lo que debe comer esa joven...

— Usted pierde la cabeza, mi pobre Mario.

— No tanto, señora. ¿Para qué quieren ustedes ese cuarto que tiene salida al jardín y en el que puede cualquiera estar como en su casa?.. ¿Qué puede importarles á ustedes tener á su mesa una señorita amable, nada exigente y de buena educación? Es institutriz y aun creo que ha trabajado con exceso, pues eso es lo que le ha hecho caer enferma... Estoy seguro de que sería una distracción para el Sr. Noel...

— Una distracción para mí, dijo el ciego con un poco de ironía en su sonrisa, y sobre todo un alivio para tu bolsillo, mamá, pues no se llega fácilmente á tener lo necesario...

— ¡No!, dijo la viuda haciendo un gesto elocuente.

— Pues bien: acepta con agradecimiento la ganga que Mario nos proporciona...

— ¿Por cuánto tiempo?, preguntó el joven dirigiéndose al pescador.

— Por la temporada, Sr. Noel; lo menos tres meses.

— Tres meses pasan pronto...

— Pero siempre es bueno coger seiscientos francos, dijo Mario.

— ¡Oh, sí!, exclamó con convicción la viuda.

— ¿La traigo, entonces, señora?

— ¡Tráigala usted... y gracias, amigo Mario.

Andrea estaba en casa de los Beraud.

Mario acababa de llevar su equipaje y la joven había tomado posesión de aquel cuarto de la planta baja, cuya ventana estaba protegida por el cobertizo y adornada por una planta de enredaderas.

Desde allí veía Andrea la calle de mimosas que conducía al camino... Más lejos, la cabaña de Mario..., y más allá, el mar azulado, cortado en el horizonte por una línea de brumas violáceas.

Era encantador aquel paisaje inundado por la ardiente luz que daba á las rocas rojizas del Esterel resplandores de incendio.

Pero no se paraban en eso las miradas de Andrea ni su pensamiento estaba ocupado por aquellas bellezas.

Había querido aproximarse á aquella pobre familia y lo había conseguido, puesto que formaba parte de la casa é iba á sentarse con ellos á la mesa. Durante muchos meses, todo el tiempo que quisiera, iba á entrar más y más en la intimidad y acaso en la amistad de aquellos primos que no sospechaban tal parentesco.

¿Qué debía hacer?

¡Ah! Ni en este momento, ni cuando cedió á su vehemente deseo de ir á Agay, sabía lo que el porvenir podía disponer.

¿Para qué podía servirles? ¿Cómo conseguir serles útil? Todo esto era lo desconocido, lo incierto, el azar.

Pero la joven sentía, sin embargo, una alegría de orgullo y de confianza, y emprendía resueltamente aquella aventura, pensando como todos los valientes: «Suceda lo que quiera, aquí estoy.»

Andrea hizo rápidamente su instalación, ayudada por Cristina, que estaba encantada al ver que aquella señorita escuchaba benévola su charla y respondía con amabilidad á sus discursos impregnados del acento del país.

— ¿Le gusta á usted el pescado, señorita?

— Ciertamente.

— Pues no es eso lo que falta aquí. Mi padre es pescador, y como es natural, somos nosotros los primeros que escogemos cuando vuelve el barco... ¡Ah! El mayor placer del Sr. Beraud era ir con él á la mar... Y también el del Sr. Noel, el pobre, cuando tenía sus ojos...

— ¿Hace mucho tiempo que perdió la vista?

— Cuatro años, señorita. Le sucedió de repente, como un velo que se le puso delante y nunca más se ha levantado.

— ¡Qué desgracia!

— ¡El, que era tan listo y tan activo! Cuando vinieron aquí — porque fué en París donde le sucedió la desgracia — creí que se iba á volver loco... Era una desolación y daba lástima verle...

— ¿Y ahora?

— Se va acostumbrando, el pobre, y hasta hay

momentos en que parece que se ha conformado, porque habla, ríe y está amable como en otro tiempo. Pero esos momentos no duran mucho. A lo mejor se acurruca en su butaca y ni siquiera quiere distraer su pena... Y después, ¿qué distracciones puede tener aquí? No viene nadie... Desde que no son ricos, ya no los conocen sus amigos... Cuando el Sr. Noel se aburre demasiado, se va á la iglesia, porque hay allí un órgano y le gusta tocarlo. No pueden tener aquí un piano porque cuesta muy caro...

Andrea pensó: «Pues pronto tendrá uno.»

La instalación de la joven estaba terminada, y si Cristina tenía mucho que decir, no tenía nada que hacer en aquel cuarto, al que unos cuantos objetos de adorno y un gran ramo de rosas puesto en la chimenea daban ya un aspecto de intimidad y de buena acogida. Y muy á pesar suyo, la muchacha se despidió diciendo á la recién llegada:

— Aquí se come á las siete; pero ha dicho la señora que si á usted no le conviene así, se cambiará la hora.

— No, no... Lo que quiero sobre todo es que no se cambie nada...

Y mientras el sol poniente doraba las crestas rugosas de la montaña, la joven, ya en posesión de su cuarto, salió á hacer el primer reconocimiento en el jardín.

El territorio estuvo pronto recorrido.

Las mimosas de la calle central tenían ya en sus ramas azuladas la esperanza de la próxima florecencia. Las azucenas mostraban sus capullos todavía verdes, y al mediodía, en los rincones más cálidos, unos cuantos limoneros ostentaban sus flores y sus frutos dispuestos á madurar.

El jardín estaba solitario. La viuda de Beraud no quería sin duda, por discreción, turbar el primer paseo de su huésped. Y Andrea se paseó sola hasta que en el momento en que el crepúsculo sucedía á los ardores del sol, vió á la viuda bajar la escalinata y dirigirse á ella.

— Pronto va á ser de noche, señorita, y á esta hora hay siempre humedad. Vea usted, se empieza á sentir el rocío... Tenemos un buen fuego en el comedor y si no prefiere usted que se encienda en su cuarto...

— No, no, señora... Al contrario, tendré mucho gusto...

Las dos mujeres entraron juntas.

IX

Andrea conocía ya aquel comedor de paredes blanqueadas y muebles relucientes de limpieza. Allí fué donde, después de cortos momentos de conversación, concluyó con la viuda de Beraud el trato que le abría las puertas de aquella casa y la introducía en aquella familia.

Pero entonces habían estado solas. El gran sillón, al lado de la chimenea, estaba vacío, pues Noel había tenido la discreción de retirarse á su cuarto del primer piso.

El día declinaba ahora, la lámpara de porcelana blanca no estaba todavía encendida, y sólo el fuego de la chimenea luchaba contra las sombras invasoras cuando Andrea entró en la gran pieza y vió en la penumbra, con emoción y con gozo involuntario, que la butaca estaba ocupada por un personaje que se levantó prontamente y al que la joven conoció en seguida.

Sí, era el melancólico organista del primer día.

La viuda, por otra parte, dijo con triste y cariñosa sonrisa:

— Presento á usted mi hijo, señorita, mi pobre hijo, que no puede ver á usted...

El joven dijo á su vez, esforzándose por dar á sus palabras un acento de amabilidad:

— Es una nueva desgracia que me sucede, señorita, pues mi madre me ha dicho que era una linda joven la que venía á vivir con nosotros y no podré más que oír contar lo que tanto gusto hubiera tenido en ver..., como todas las cosas bellas que aquí nos rodean y cuya imagen conservo...

Y añadió en seguida como para ahuyentar los pensamientos tristes:

— ¿Verdad, señorita, que este país es maravilloso?

— El más bello del mundo, respondió Andrea con su voz grave. No estoy en él más que hace pocos días y ya me parece que no querré dejarle nunca.

Todos estaban alrededor de la chimenea, en la que chispeaban los leños de brezo. La viuda volvió á coger su labor y el ciego siguió hablando, como si aquellos paisajes repentinamente evocados iluminasen sus tinieblas:

— ¡Este país! No puede usted todavía conocerle más que muy poco. Pero cuando se haya usted ex-

traviado alguna vez entre los pinos que exhalan por la mañana un olor de incendio, del que los ha abrasado la víspera desde la salida hasta la postura del sol...; cuando haya usted entrado en los matorrales de brezos, mucho más altos que usted...; cuando se haya usted embriagado con ese perfume, más sutil y más intenso que el de los pinos quemados por la luz...; cuando haya conocido los sitios en que abundan las jaras blancas y rosadas y en que la alhucema tapiza de azul las asperezas del pórvido rojo...; cuando haya usted visto que el Esterel es un gran jardín, un jardín fantástico...

— Entonces será cuando no podré ya alejarme de tantas bellezas, ¿verdad?..

Noel siguió, cada vez más animado:

— Y todo eso es la montaña... ¡Pero la costal!.. Cuando haya usted visitado en el barco de Mario las calas que el mar ha socavado como pequeños puertos inaccesibles á la gente de tierra, y en cuya arena rompen tan suavemente las olas cuando no lanzan su espuma con furor de monstruo encolerizado... Entonces será cuando tendrá usted una verdadera idea de este país que mis ojos no ven ya, pero que yo estaré viendo siempre...

— ¿Tanto lo ha recorrido usted?

— Sí; era todavía muy pequeño y ya merodeaba en los rincones más ocultos y pescaba con Mario en los cabos de esas extrañas rocas debajo de las cuales se esconden los peces en los fondos de algas... Sí, he recorrido mucho este país y le conozco bien.

— He observado que anda usted por él como por tierra conocida... Lo vi el otro día.

— ¿De veras?, preguntó el joven un poco extraño y muy interesado, pues la voz que le hablaba era joven y linda, y la del sonido era la única belleza accesible para él.

— Sí, le vi á usted, con un sombrero de paja de alas anchas y un bastón grueso... Venía usted..., parecía que venía usted de la iglesia.

— Sí, voy á ella con frecuencia, no á rezar, aunque no me importaría el declararlo... Pero yo no necesito para aislarme entrar en una iglesia desierta. En todas partes donde hay silencio, añadí con melancolía, estoy solo y puedo recogerme... Voy á la capilla de Agay porque hay allí un armonio.

— ¿Es usted músico?, preguntó Andrea lo más naturalmente que pudo.

— No, soy..., era pintor.

La madre se apresuró á decir:

— Mi pobre Noel tenía también, de pequeño, un verdadero talento como pianista, y prometía adelantar lo mismo como músico que como pintor.

— Por eso, interrumpió Noel, voy á manotear un poco en el teclado cuando la iglesia está vacía y no molesto á nadie.

— ¡Qué casualidad!, exclamó Andrea. Yo también soy un poco...

— ¿Es usted artista?

— ¡Oh! No artista, entendámonos... Pero, en fin, me gusta también pasear las manos por las teclas. Y si supiera que no le desagradaba á usted...

— ¿Qué?

— Que hubiera aquí un piano, del que, naturalmente, rogaría á usted usase á su gusto, le tendría muy grande encargando que trajeran un instrumento de Cannes ó de Niza...

— ¡Ah, señorita!, exclamó espontáneamente y casi con imprudencia la viuda, ¡qué alegría para Noel!..

— Pero, mamá, no se trata de mí...

— ¿Por qué no, Sr. Beraud? No creerá usted que trato de acaparar el piano... Habrá para los dos.

— Es usted infinitamente amable... ¿Me permitirá usted entonces oírlo tocar?

— Con mucho gusto, pero le prevengo que no soy ninguna artista.

— ¿Descifra usted?

— No muy mal.

— ¡Ah! ¡Oír algo ignorado!.. ¡Experimentar una sensación nueva! ¡Hay tantas cosas recientes y nuevas de las que he oído hablar y de las que quisiera tener una idea!.. ¡Hay tantas cuyo recuerdo se va borrando de mi pensamiento!..

— Pues bien, ya arreglaremos todo eso. ¿Quiere usted que hagamos un trato?

— Tiene usted una voz, señorita, que suena á juventud y á bondad. El convenio estará hecho muy pronto.

— Yo trataré de tocar para usted algunas cosas de las que quiere conocer ó recordar, y en cambio, usted me enseñará el país.

— ¿Habla usted seriamente?

— Por completo. Usted conoce bien este terreno y sabe dónde están los grandes brezos y los matorrales de jara; me enseñará usted los caminos que

conducen á las lindas calas de la orilla del mar. Será usted mi guía, y yo trataré, en cambio, de decirle cómo veo los objetos cuya imagen tiene usted un poco borrada por la distancia.

- Pero, exclamó Noel sonriendo esta vez con una sonrisa franca que hizo ver sus blancos dientes, eso sería para mí una suerte inesperada...

- Tendré mucho gusto, se lo aseguro, en dar á usted ese placer.

- ¡Mi pobre hijo, suspiró la viuda, está privado de ellos hace tanto tiempo!. Yo no salgo nunca y él no tiene amigos...

- ¡Oh! Los amigos..., murmuró el joven encogiéndose de hombros.

- Pues bien, añadió vivamente Andrea, puesto que vamos á pasar unos meses juntos, seamos amigos, ¿quiere usted, señor Beraud?

Y añadió valientemente, como una temeraria conquistadora que apela á todas las reservas para vencer:

- Ya sabe usted que he estado enferma. Me han mandado estar en el Mediodía todo el tiempo posible, y aunque no soy rica, puedo vivir independiente con la pequeña fortuna que me ha dejado mi madre. Mi padre...

Y aquí, con más temeridad todavía, se atrevió á decir una mentira que acaso mañana no lo sería:

- Mi padre se ha vuelto á casar..., y con su nueva familia, nos vemos mucho menos que antes... Ya ve usted que yo también soy una solitaria y que no siempre he sido feliz...

Y añadió riéndose, para disipar aquella bruma de tristeza:

- Unamos nuestras melancolías.

El joven respondió, alegrado instintivamente por la sonoridad de aquella risa cristalina:

- Sí, sí, unámonoslas.

Cristina, que entraba en aquel momento para poner la mesa, exclamó:

- ¡Calla! ¡El señor Noel se ríe! Bueno va; van ustedes á decirme cómo encuentran la sopa de pescado. He puesto un congrio...

- ¿Y fideos?

- Sí, Sr. Noel, de los gordos.

- Entonces, Andrea, se la recomiendo á usted. Cuando á Cristina le sale bien esa sopa...

- Y cuando tiene congrio...

- Es exquisita.

Todos se pusieron en seguida á la mesa casi alegremente.

Y después de comer, hablaron familiarmente en una cordial sobremesa...

Hasta que la viuda exclamó:

- ¡Pero, hijos míos, son las once!

- ¡Ah!

- Hace lo menos cuatro años que no me he acostado tan tarde...

Y añadió muy bajo, estrechando la mano de Andrea:

- En todo ese tiempo no hemos pasado una velada tan feliz.. ¡Gracias, Andrea, por mi pobre Noel!

Cuando la madre y el hijo se despidieron en la puerta de sus cuartos del primer piso, dijo el ciego:

- ¡Qué linda voz tiene, mamá!

- ¡Y qué encantadora es!

- ¿Pero, verdaderamente, es también bonita?

- Sí, con un aire y una cara que dan envidia.

aparador reluciente de limpieza y negro de vejez. Y Andrea había cumplido en seguida su promesa de traducir á Noel algunas piezas desconocidas, inesperadas y de devolverle el goce de otras que le habían gustado. ¡Oh! Ese *Sigurd*, ese *Sigurd* sobre todo, ese poema de melancolía y de heroísmo que

que no se cansaba de escuchar... Noel, inclinado en la butaca como para acercarse más, con sus ojos negros iluminados por una visión interior y con la boca entreabierta en un mudo entusiasmo, bebía aquellas notas con una avidez de fiebre.

Y después trataba de repetir, á su vez, lo que acababa de escuchar, en aquel teclado de tacto dulce como una epidermis cuyo roce es una caricia.

Cuando interrumpía á su amiga de ayer diciéndole muy confuso:

- Estoy abusando... Hace dos horas que impido á usted tomar el sol y el aire...

Andrea le respondía muy risueña:

- Entonces á usted le toca el turno... Yo he sido yo sus ojos, sea usted mis pasos.

... Y los dos salían. Sí, era cierto que Noel sabía hasta el más pequeño sendero de aquel país que no veía ya sino con el recuerdo.

A pocos pasos de la casa, pues por todas partes hay allí algún camino que conduce á un adorable rincón de luz y de verdor, Noel, que marchaba al lado de Andrea, interrogaba al suelo con la contera del cayado y decía:

- Dígame usted, Andrea - porque ya la llamaba así, - ¿no hay, á la izquierda, entre dos grandes enebros, un sendero al lado de un arroyo?

- Sí.

- Tomemos por ahí. - ¿Quiere usted que le ayude?

- No, no... Mi palo conoce todas las piedras del camino.

Y en efecto, la seguía sin trabajo y casi sin vacilación. A cada instante decía:

- Aquí se bifurca el sendero, ¿verdad?

- Sí.

- Entonces, á la derecha, hasta que encuentre usted una gran masa de pórfido que rodó hace acaso diez mil años de las vertientes del Bastel... Daremos la vuelta á esa roca y después me dirá usted...

Y cuando habían llegado, la joven exclamaba:

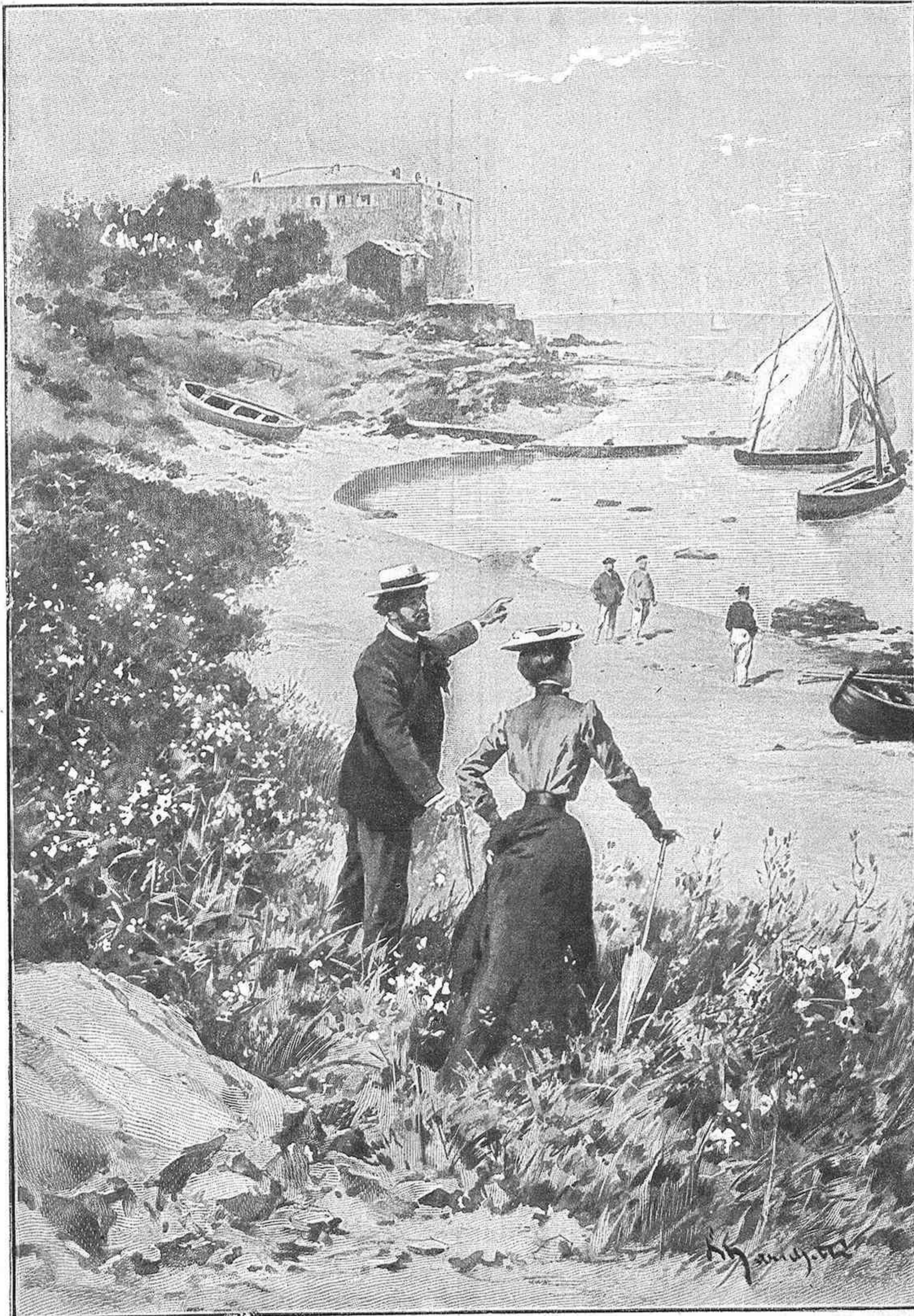
- ¡Oh!.. ¡Admirable!..

- Dígame usted, entonces, dígame...

Y ya sentados juntos en la roca de púrpura, jaspada por vegetaciones microscópicas que forman manchas de un verde pálido ó de un intenso amarillo, la joven decía:

- Sí, es admirable. Entre esos dos bosques de pinos que bajan por los dos lados en abrupta pendiente, el viejo castillo, soportado por sus baluartes, avanza en la bahía de un azul muy pálido... La bahía está tan tranquila y tan límpida, que los muros del castillo, bañados de sol, se prolongan en ella en temblorosos reflejos de oro que llegan hasta la orilla opuesta y forman como una aureola de fuego á esa gran tartana dormida sobre sus anclas y mecida dulcemente por las olas.

(Continuará.)



La bahía está tan tranquila y tan límpida

- ¿Cómo es? Explícate... ¿A quién se parece? ¿Recuerdas alguna persona ó algún personaje de un cuadro que se le parezca?

- Dios mío..., no, no me ocurre...

- Lo siento. Hubiera querido dar una cara á esa voz deliciosa.

Pasaron algunos días, pronto convertidos en semanas, y la vida común se fué organizando. La simpatía había nacido muy pronto, y crecía cada vez más, hacia aquella joven tan tranquila, tan alegre, que olvidaba por completo la enfermedad cuya curación había ido á buscar, que con tanta facilidad se adaptaba á las nuevas costumbres y que se esforzaba por no ser molesta á aquella familia.

El piano llegó de Niza; un Pleyel nuevo, que no parecía de alquiler, y que sonaba profundo y aterciopelado en las notas bajas y sonoro y claro en las altas. Le colocaron, naturalmente, en el comedor, donde parecía todavía más soberbio al lado del

LA INSURRECCIÓN MACEDÓNICA

Cada día adquiere mayor gravedad el conflicto macedónico: Turquía no ve otro medio de acabar la insurrección que hacer una guerra de exterminio, arrasando aldeas y poblados, asesinando á mujeres, viejos y niños, y no dando cuartel á los insurrectos alzados en armas; éstos contestan á esos procedimientos de terror con otros análogos, incendiando poblaciones turcas, destruyendo líneas férreas y apelando á la dinamita para aniquilar á sus contrarios. Y á todo esto, la insurrección se va extendiendo y amenaza ser en breve general en toda Macedonia, sin que basten á contenerla ni el número cada vez mayor de las tropas del sultán, ni la barbarie con que éstas pelean, ni las promesas del soberano y de su gobierno de conceder el perdón á los que depongan las armas.

Los insurrectos son más de 25.000, y las partidas por ellos formadas no son grupos sin cohesión, sino que operan con método y bajo una dirección única. Los soldados obedecen ciegamente á sus jefes y éstos están en comunicación continua entre sí, favorecidos por las condiciones del terreno en que la lucha se desarrolla. Uno de los elementos más importantes de la insurrección son las llamadas «secciones técnicas», encargadas de la fabricación de municiones y de dinamita, y de las cuales forman parte ingenieros y estudiantes que han hecho de ellas verdaderos laboratorios científicos.

Hasta ahora el movimiento tiende á que se cumpla el artículo del tratado de Berlín que dispone para Macedonia el establecimiento de un régimen autonómico, con un gobernador cristiano y la intervención de las potencias bajo la soberanía del sultán. En corroboración de este aserto, copiaremos las palabras de un jefe macedónico: «Los cristianos de Macedonia no son rebeldes ni revolucionarios de oficio; no piden sino que les dejen trabajar en paz y gozar del fruto de su trabajo. Bastante paciencia han tenido, pues han estado durante veinticinco años esperando las reformas prometidas en el tratado de Berlín.» Y refiriéndose á los procedimientos seguidos en la guerra, añade: «Si los macedonios han cometido algún acto de crueldad, débese á las provocaciones de los turcos, quienes, temerosos de la intervención de las potencias, se proponen el total exterminio de los cristianos, y más que para la persecución de las partidas guardan todas sus energías para asesinar mujeres y niños y para incendiar poblaciones.»

Que la insurrección se halla más ó menos directamente favorecida por Bulgaria, es evidente, y se comprende que así sea, ya que al fin y al cabo búl-

garos de origen son los que se han alzado en armas contra Turquía. Oficialmente el gobierno de Sofía declara que quiere mantener la actitud correcta que le corresponde observar respecto del Estado turco, soberano suyo; pero al mismo tiempo añade que Bulgaria no cuenta con fuerzas suficientes para impedir que las partidas traspasen la frontera, y dice por boca de su presidente del Consejo de Ministros: «Bulgaria no desea anexionarse la Macedonia, ni exige para ésta la autonomía; pretende únicamente

pesar de esta actitud prudente del soberano turco, dícese que su ministro de la Guerra tiene en proyecto la invasión de la Rumelia Oriental, que forma parte de Bulgaria, á fin de cercar el vilayeto de Andrinópolis, que en la actualidad es uno de los más potentes focos de la rebelión. De realizarse este proyecto, el asunto se complicaría extraordinariamente, pues Bulgaria, en donde la noticia de tales propósitos ha causado profunda impresión y gran efervescencia, no está dispuesta á tolerar que las fuerzas

turcas atraviesen en son de guerra su frontera, á cual efecto ha comunicado órdenes severas á los comandantes de las guarniciones fronterizas. Por otra parte, en todas las grandes ciudades búlgaras se celebran *meetings* en los cuales se predica, en medio del mayor entusiasmo, la necesidad de acudir en auxilio de los hermanos oprimidos. ¿Podrá el gobierno resistir mucho tiempo esta peligrosa corriente de la opinión pública?

Y en tanto ¿qué hacen las grandes potencias? Pues lo de siempre: asistir impasibles al espectáculo de una guerra brutal, alentar con su pasividad á Turquía á que prosiga en su obra de exterminio de los cristianos y llevar la desesperación al ánimo de los pueblos oprimidos por el sultán, haciéndoles comprender que las causas más justas no merecen por parte de aquéllas el apoyo que en conciencia debiera prestárseles, que las aspiraciones más legítimas no hallan eco en los Estados que de civilizados se precian y que por sus prestigios y sus fuerzas podrían imponer el imperio del derecho, y que todo sentimiento humanitario de los pueblos es ahogado por el cruel egoísmo de los gobiernos, siervos sumisos de esa deidad despótica y sin entrañas que se llama política internacional.

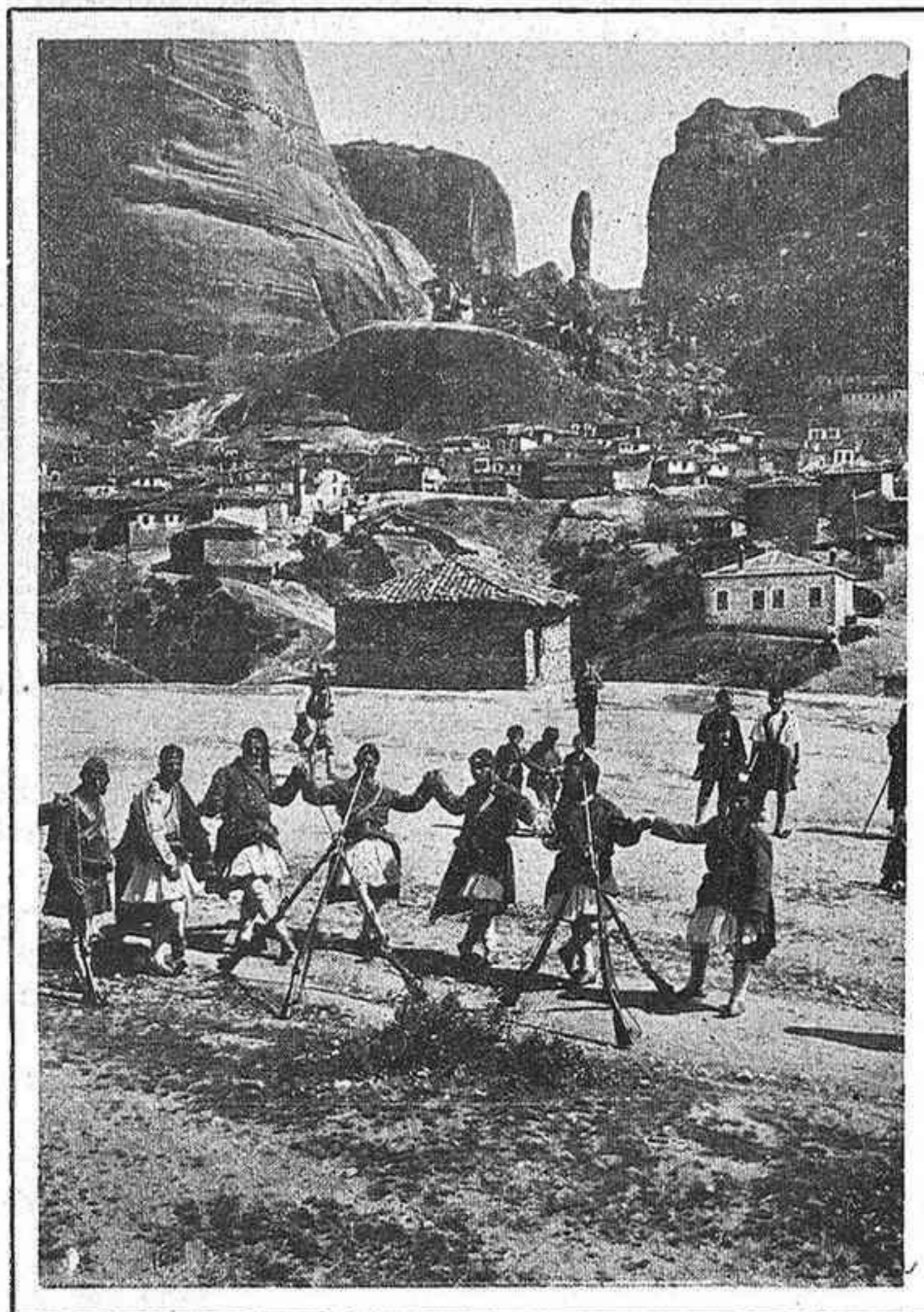
Uno de los principales periódicos franceses ha publicado recientemente sobre este particular

un artículo que, por sintetizar lo que bien puede llamarse opinión universal, nos parece oportuno reproducir.

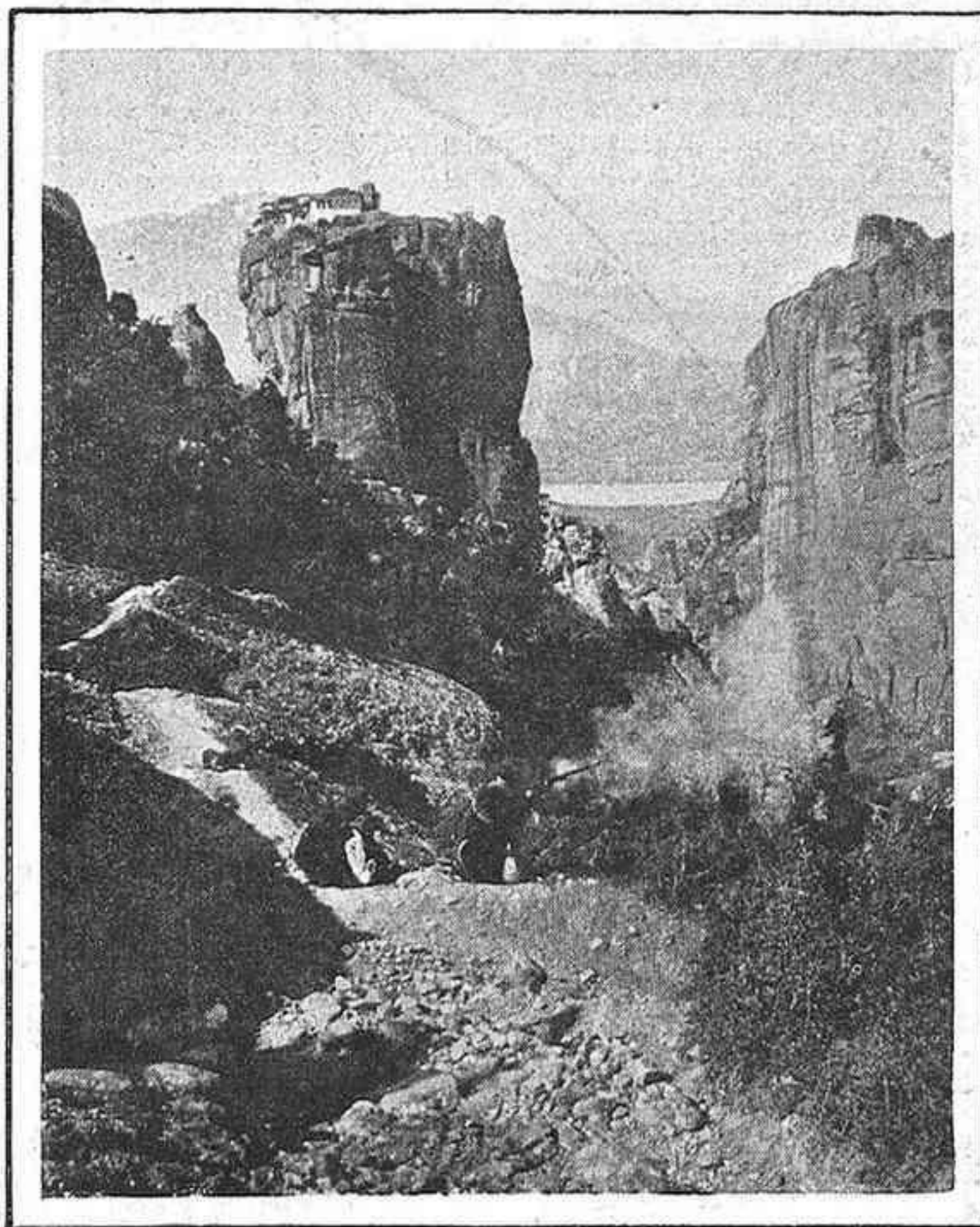
«Mientras Constantinopla y Turquía, para disculparse y distraer la atención, multiplican las comunicaciones tendenciosas y las noticias contradictorias, Europa registra con una especie de placidez verdaderamente asombrosa las atrocidades que de una y otra parte se cometen todos los días en los vilayetos de Monastir y de Andrinópolis ó en los desfiladeros macedónicos. ¿Cuánto tiempo durará esto todavía? A la hora presente nadie es capaz de decirlo, pues las lúgubres historias que el telégrafo nos transmite no producen otro resultado que agitar la opinión sin hacer avanzar un solo paso el asunto. En vano se había dicho y se repite sin cesar que los gabinetes de Viena y de San Petersburgo se habían puesto de



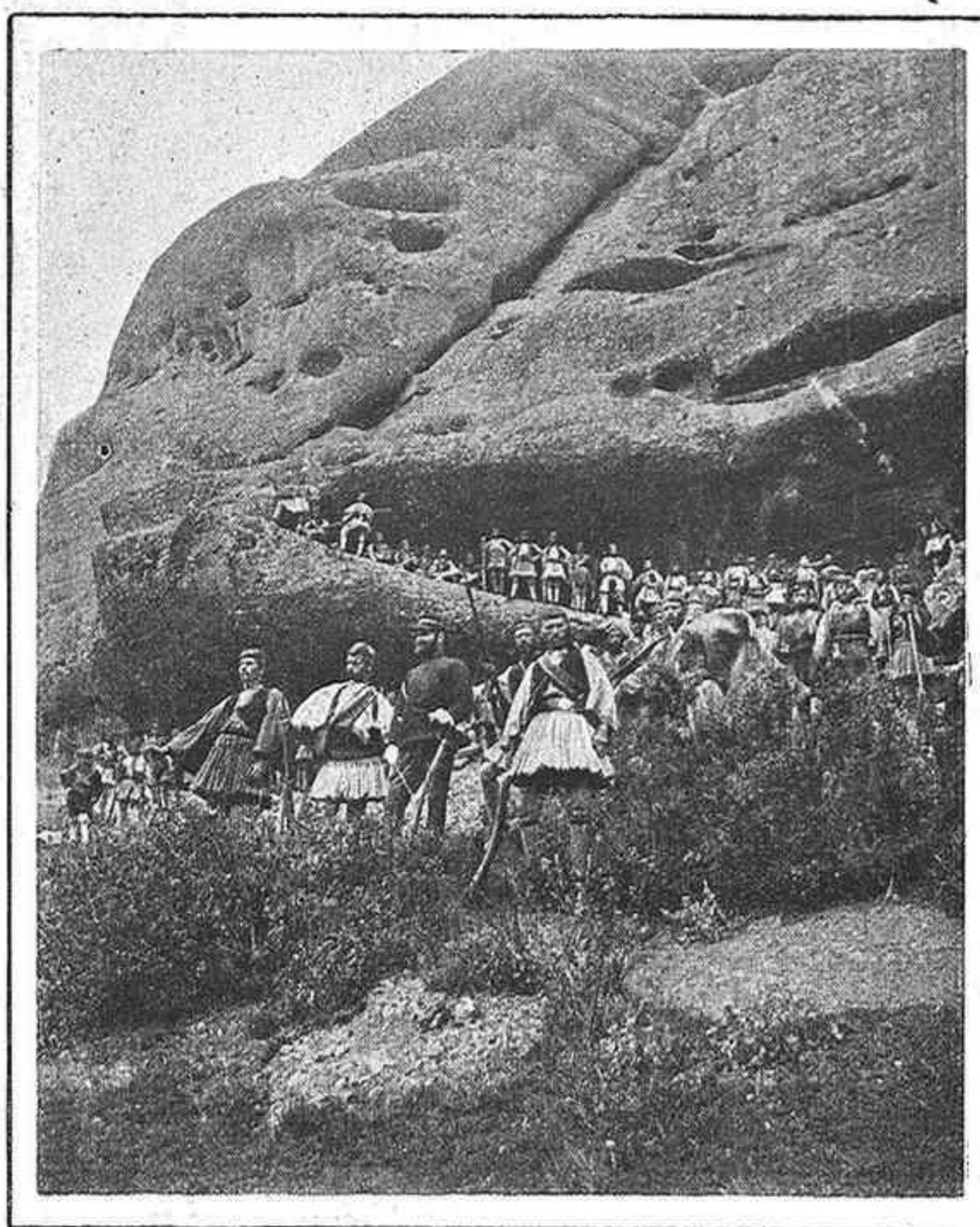
Partida de insurrectos con su jefe



Grupo de insurrectos bailando en una aldea macedónica



Guerrilla de insurrectos haciendo fuego en un desfiladero



Tropas insurrectas en la montaña

LA INSURRECCIÓN MACEDÓNICA (fotografías instantáneas de Underwood)

que sean respetadas las vidas y haciendas de los cristianos, lo cual no es ninguna pretensión exorbitante. Si las potencias, por razones de alta política, están dispuestas á consentir el exterminio de los cristianos, Bulgaria no se halla en iguales condiciones.»

Esta actitud equívoca del gobierno búlgaro produce gran indignación entre los elementos exaltados de Constantinopla, en donde el partido militar hace esfuerzos desesperados para que el sultán permita que sus tropas penetren en Bulgaria. Sin embargo, Abdul-Hamid se resiste á imprimir este sesgo á la lucha, porque aparte de los cuantiosísimos gastos que supone una guerra como la que con este motivo podría estallar en los Estados balcánicos, fácilmente podría producirse una conflagración general que Turquía está más interesada que nadie en evitar. A

acuerdo para redactar una nota destinada á poner término á la actual situación y á prevenir mayores males. Es indudable que estas dos potencias son las principalmente interesadas en la conservación de la paz en la península de los Balcanes, pero se engañaría miserablemente quien creyese que tales como están hoy los ánimos, pueden, merced á una simple fórmula cancillerisca, desprovista de toda sanción, detener bruscamente el impulso insurreccional de los búlgaros y decretar la cesación de los armamentos en Turquía.

»Cada cosa tiene su momento oportuno y es de temer que se haya esperado demasiado para hacer oír, así en Constantinopla como en Turquía, por medio de útiles amenazas, el lenguaje de la razón. Hace dos meses debía haberse intentado algo, pero entonces nadie quiso ó nadie se atrevió; quizás Europa, fiel á su táctica, de la que por cierto no ha tenido nunca motivos para felicitarse, ha querido una vez más ganar tiempo. Aplazar, contemporizar; á esto ha venido á parar la política de todos los gabinetes europeos, es decir, á una variante de la famosa fórmula «No pasa nada.» Cuando una cuestión les molesta, la ignoran; cuando

algún hecho les inquieta, lo niegan; cuando hay que obrar, discuten; su actitud es la del completo reposo. Con ello aplazan ciertamente la hora de las decisiones; pero ¿están seguros de retrasar la de las responsabilidades? Las habilidades de la diplomacia, como las sutilezas de los gobiernos, acaban un día ú otro y nada basta á eludir los misteriosos y fatales decretos del destino.

asombro de Europa, el aturdimiento de los gabinetes, la estupefacción de los pueblos y todo el horror de una guerra que el fanatismo musulmán, contenido durante mucho tiempo y llegado al paroxismo, convertirá en guerra santa, terrible y sin cuartel.» El cuadro está trazado de mano maestra y constituye la más formidable acusación contra la Europa civilizada. — M.



LA INSURRECCIÓN MACEDÓNICA. — Insurrectos asesinados por los turcos cerca de Salónica (de fotografía)

»Es preciso, quiéranlo ó no los gabinetes, buscar una salida al actual embrollo, y no será exasperando á los dos pueblos en lucha como podrá Europa encontrarla. Todo cabe temerlo de los insurrectos macedonios ó búlgaros, á quienes una lucha desigual ó un mal entendido pundonor puede impulsar á los actos más desesperados; todo debe temerse también de Turquía, á la que han de irritar, á la larga, los combates sin gloria, los gastos sin provecho, y aun teniendo más probabilidades de triunfo ó vasallo, Adul Hamid puede desde ahora pensar en el momento en que habrá de jugar el todo por el todo y de invadir, aun á riesgo de perderse para siempre, la Bulgaria, provocando un conflicto cuyo alcance nadie es capaz de prever. Entonces serán los gritos de

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO : 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

HARINA LACTEADA
Alimento completo
NESTLE
para NIÑOS y ANCIANOS.
Contiene la Leche pura de Suiza.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLYORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Plaza de San Juan en Venecia, cuadro de Rafael Senet

PAPERS ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE **BIN BARRAL**
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUJAS PRECOGES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et Co. B. St-Denis, 36

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
 El mejor y más económico
Ferruginoso.
 CLIN Y COMAR, PARIS. - En todas las Farmacias. 654

AVISO A LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
 Fia G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESION
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICION ILUSTRADA
 a 10 céntimos de peseta la
 entrega de 16 paginas
 Se envian prospectos a quien los solicite
 dirigiéndose a los Dres. a. outaner y Simón, editores

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curada por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 60 Años de Exito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las **Afecciones del**
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los **Reumatismos,**
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma **WLINSI.**
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LEHELLE Se receta contra los **Flujos,** la
Clorosis, la **Anemia,** el **Apoca-**
miento, las **Enfermedades** del
pecho y de los **intestinos,** los
HEMOSTATICA
Espustos de sangre, los **Catarros,** la **Disenteria,** etc. Da nueva vida
 a la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.